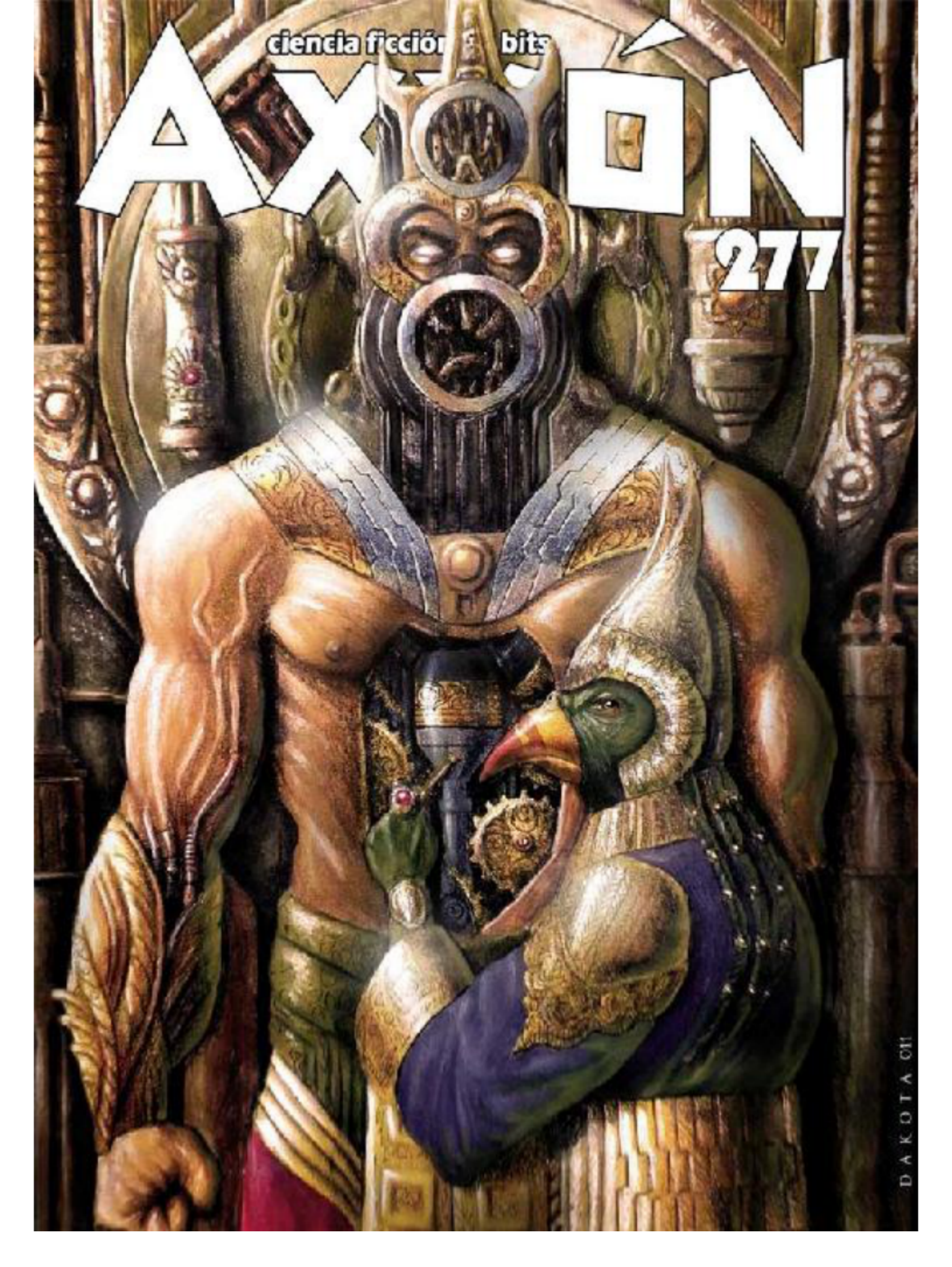

ciencia ficción en bits
AXXÓN
277
DAKOTA 011

Axxón 277

Editorial - Axxón 277

ARGENTINA



Cuando en 1989 se presentaba el número cero de Axxón, lejos estaba yo de imaginar que hoy tendría el honor de abrir cada número.

Entonces pienso en por qué estoy acá, y me doy cuenta de que no es más que un feliz accidente. Y no es broma, en verdad no encuentro otra forma de catalogarlo.

Me doy cuenta también de que esta entidad que conocemos como Axxón está más allá de las personas, con una clara excepción: la de Eduardo Carletti. Por más de una razón, Eduardo supo todo el tiempo transformar aquel sueño ejecutable en esta publicación montada en la nube. Así como junto a Fernando Bonsembiante imaginó algo inexistente, siempre un paso adelante del resto, supo cambiar de dirección cuando hizo falta. Claro que nunca estuvo solo: durante muchos años tuvo en Rodolfo Contin al mejor compañero que podría tener. Tipo brillante, un compañero inseparable, el interlocutor ideal, Rodolfo estuvo allí para apuntalar el proyecto. Pero Rodo nos dejó para siempre, hace ya mucho tiempo.

Claro que nunca estuvieron solos porque siempre hubo, y hay hoy, quienes ponen el hombro para que la rueda siga girando. A muchos los conozco en persona, algunos son amigos entrañables (¿a cuántos habré conocido gracias a esta revista?), y con otros me une la virtualidad digital, a veces con la fuerza de un abrazo profundo.

Con Eduardo a la cabeza, Axxón es una *gestalt* que de una u otra forma se amalgama para darle cuerpo a cada número y al sitio todo.

Aquel Septiembre (es cierto que el sueño empezó antes) nadie imaginó que, acercándonos ya a los treinta años de publicación, estaríamos aquí, mutando junto al planeta entero. En un país donde la economía volvía efímero cualquier sueño, pensar en el año 2000 no sólo era de ciencia ficción, era completamente lejano, un camino sin posibilidad de oráculo.

Ahora entiendo el porqué de tanto revuelo mediático. Allá por el ochenta y nueve. Axxón caminaba por senderos inexplorados. No sólo por elegir un canal de publicación y difusión extraño, sino porque a nivel tecnológico se hizo muchísimo y bien, incluyendo la invención de un lenguaje de descripción de documentos (antes que el HTML, que los PDF, que tantos otros) tan avanzado que permitía hacer maravillas con los recursos disponibles en aquel entonces, escasos y poco compatibles entre sí. Magia pura que hoy mismo considero de avanzada.

No hace falta decir quién estuvo siempre detrás de todo eso, ¿verdad?

Hoy necesito hablar de esto no sólo porque estamos ante un nuevo aniversario de Axxón, sino porque a medida que pasan los años la permanencia de publicaciones como ésta —gratuita, hecha a pulmón, y con (gracias a) la participación desinteresada de muchos — es lo suficientemente frágil como para pensar que cada vez será la última. Como la vida de cualquier mortal, claro, porque nadie tiene asegurada la permanencia por siempre.

Para quienes hacemos esta publicación es obvio que el tiempo pasa. Marca nuestros huesos, nuestro corazón y nuestra forma de ver las cosas. ¿Debemos dejar que el tiempo pase también para esta revista? ¿Puede Axxón envejecer? ¿Estamos volviéndonos anacrónicos? Hay veces que siento que es probable, pero al ver gente leyendo mientras viaja, descansando en una plaza, o tan

siquiera transitando con un libro bajo el brazo, siento que todavía estamos a tiempo.

Pero Axxón hoy, como siempre, es el reflejo de quienes la hacemos. Yo estoy lejos de ser aquel pibe asombrado que miraba la pantalla monocromática como espectador. ¿Hay hoy algún joven capaz de ver en Axxón su propio reflejo? Cuando publicaciones muy queridas y respetadas por mí han dejado de publicarse o están cerca de hacer su aparición final, pienso si estamos preparados para el lector y el escritor de este nuevo milenio. ¿Cómo es ese lector? ¿Qué edad tiene? ¿Publicamos para el siglo XX o para hoy? ¿Serán las nuevas grandes obras del tamaño de un tuit o debemos dedicarnos a las sagas interminables, tal como nos quieren acostumbrar los fabricantes de papel impreso?

Hay una sola forma de obtener las respuestas para estas preguntas. Hay mucho material que procesar, evaluar y, con buena suerte, publicar. Tenemos mucho trabajo por delante. Se lo debo a quienes nos han confiado la ilusión de ser publicados en esta revista, cruzando a veces la barrera del tiempo y del idioma. Aparecen obras interesantes, algunas genuinamente enriquecedoras, así que no podemos perder más tiempo. Debemos avanzar y seguir construyendo este sendero que, con tantos años ya caminados, sigue ofreciendo oportunidades únicas.

Allá vamos, por otro nuevo año.

Un jardín en Nueva Kybartai

Pablo Dobrinin

 **URUGUAY**



Ilustración: Tut

Al repasar el trágico destino de Sergei Adamov, vienen a mi memoria esos cuadros donde se aprecian planos superpuestos que exhiben los estados sucesivos del pensamiento. También asocio lo ocurrido con las ilustraciones que tienen, camuflados entre el paisaje, rostros y figuras que a menudo pasan desapercibidas.

Sergei vio algo que el resto de las personas no fue capaz de percibir, aunque, en este caso, la imagen escondida o en un segundo plano no estaba en el propio dibujo, sino en su mente. Lo que él contempló aquella tarde en las cuevas de Kazanjira, se fundió con un recuerdo, y entonces, frente a la revelación de esa nueva estructura, fue víctima de sus peores miedos. Cuando bajó la vista ya era demasiado tarde, porque había visto lo que no deseaba, y comprendió que nada podría impedir el final tan temido. Ahogó un grito, se llevó una mano al corazón, cayó al suelo y dejó de respirar. Tenía veintisiete años, fue el segundo antropólogo fallecido en el mes.

¿Por qué algunas personas tienen un talento natural para los dibujos realistas? ¿Cómo es posible que puedan dibujar seres humanos perfectos sin utilizar modelos o haber estudiado anatomía? ¿Es el pulso? No, eso podría explicar que las líneas sean seguras, sin cortes, pero no la exactitud de las proporciones. ¿Es entonces por la memoria? No precisamente, es algo distinto que se define como un alto índice de percepción estructural. El índice de percepción estructural mide la capacidad de reconocer, retener, completar y crear estructuras complejas. Es una cualidad innata, si bien puede desarrollarse con entrenamiento. Un talento que se puede encontrar en destacados músicos, lingüistas, matemáticos, ajedrecistas, entrenadores de equipos deportivos o expertos en códigos, por solo poner unos ejemplos. Sergei Adamov era uno de los mejores. Como antropólogo y especialista en arte, se había dedicado al estudio del arte de origen alienígena que la humanidad encontró tras la colonización de Ganímedes. Su libro "Introducción al arte ganimediano" es una muestra de su pericia en este campo.

Sergei descubrió que los ganimedianos tenían una "matriz artística" que no parecía diferir demasiado de la humana. Así, llegó a la conclusión de que los templos eran una imagen del cosmos y del ser, y que, en términos generales, así como ocurre en el arte islámico tradicional, los ganimedianos preferían el arte geométrico frente al naturalista para garantizar de un modo más claro la transmisión de símbolos.

El arte elitista es sintomático de la falta de cohesión social, o dicho de otro modo, de una sociedad que no es feliz. Por el contrario, el arte ganimediano era popular y sagrado al mismo tiempo. Inseparable de la labor artesanal, suponía una genuina vía de realización para las personas que lo creaban o disfrutaban.

Sin embargo, nada de lo investigado le permitió a Sergei saber qué había sucedido con aquella fantástica civilización. Cuando los humanos, hace ya cien años, llegaron con sus cohetes a Ganímedes, se encontraron con un satélite deshabitado. Ni los templos (únicas construcciones que sobrevivieron a esta civilización), ni las pinturas, ni los distintos objetos hallados permitieron saber qué había sido de los ganimedianos. Parecían haberse evaporado. Lo peor de todo, es que nadie sabía cómo eran. Los investigadores conjeturábamos que tenían forma humanoide, pero ignorábamos qué tan distintos a nosotros podían llegar a ser. Por otra parte, algunos símbolos, de difícil interpretación, sugerían la posibilidad de que los ganimedianos albergaran la creencia de un supramundo llamado "el reino" que les estaba destinado. Respecto a la naturaleza de este mundo mítico, sin embargo, las opiniones estaban divididas: unos creían que era un

equivalente del paraíso, otros del infierno. Yo mismo aún no había logrado decidirme.

La sede del C.E.P.E. (Centro de Estudios de Percepción Estructural) se hallaba en Nueva Kybartai, pero no dependía de la Unión de Repúblicas Eslavas ni de ningún otro país, sino de la Liga de las Naciones, y había sido concebida como parte de un programa macro de desarrollo humano. El edificio, enclavado en la cima de una meseta, tenía tres pisos, era de ladrillos a la vista y estaba rodeado de álamos y setas. Allí trabajaba una decena de funcionarios cuyas tareas consistían básicamente en recopilar información y realizar test y mediciones de P.E. a hombres y mujeres llegados desde distintas partes del satélite.

Desde la terraza se tenía una visión panorámica de las verdes colinas de Nueva Kybartai en las que vivían los funcionarios del centro. Las casas eran de una planta y habían sido construidas con paredes de ladrillos y techos de tejas. Todas disfrutaban de un jardín y algunas de huertas o árboles frutales. En el este estaba el parque eólico que proveía de energía a toda la zona, y en el oeste, un lago en el que se veían patos y garzas.

Nueva Kybartai, alejada de la pobreza, el hacinamiento y el bullicio de las ciudades, el humo de la política y los estruendos de la guerra, era un verdadero remanso. Un espacio pequeño creado para favorecer la labor de los investigadores. Pero para mí, era mucho más que eso. Había visto a los ingenieros, a los artistas y a los obreros llegados desde los distintos planetas, satélites y planetoides de la Confederación, poner su talento y su sudor para crear aquel proyecto de la nada. Al principio era un páramo, luego empezó a llegar la tierra fértil, las plantas, los animales, las instalaciones sanitarias y eléctricas, los generadores eólicos y cada ladrillo, cada cristal, cada madera y cada ser humano.

Siempre que contemplaba las colinas de Kybartai sentía emociones encontradas. Si bien disfrutaba de la serena belleza del paisaje, no podía dejar de recordar que, más allá de los límites de esta localidad, el mundo era algo muy distinto. Por eso, dependiendo de mi ánimo, Nueva Kybartai podía ser una esperanza o una excepción. Y sobre todo a determinadas horas, cuando el día simulaba detenerse, yo experimentaba una abierta melancolía.

Una semana después del fallecimiento de Sergei Adamov, decidí visitar a la viuda. Aunque no deseaba molestarla, como director del C.E.P.E. yo tenía la obligación de investigar el asunto. Si Sergei había dejado algún documento que nos permitiera acercarnos a los ganimedianos, debía conocerlo.

Podría haber utilizado la motocicleta o el propulsor a chorro portátil, pero en los últimos tiempos me había aficionado a la bicicleta. A mis sesenta años era un buen ejercicio, y me hacía sentir en paz con la naturaleza. De modo que tomé el vehículo, descendí la pendiente, y comencé a recorrer los sinuosos caminos de tierra que se dibujaban como un laberinto entre las colinas.

El aire estaba en calma y unas nubes largas sesteaban en el cielo plomizo.

A esa hora, Nusch Moulian debería estar cuidando de sus rosas o tocando el piano, siempre y cuando tuviese ánimos. Todo había sido muy duro para ella. También para mí, porque conocía al matrimonio bastante bien. Nusch y Sergei habían ingresado al C.E.P.E. con diecisiete y diecinueve años de edad.

Ella era ciega de nacimiento, pero lo compensaba con un oído extraordinario y una capacidad innata de orientación. Al verla caminar con esa seguridad y ese aire de nobleza que la caracterizaba, nadie advertía su ceguera. Era una joven decididamente hermosa, con un cuerpo esbelto, un rostro delicado y largos cabellos rubios. Pero lo más llamativo en ella eran sus increíbles ojos azules, bellos como un sueño detenido en el preciso instante en que rogamos que no se detenga.

Sergei llegó al centro una semana después que lo hiciera Nusch. Era un joven bondadoso, algo desprolijo, flaco y desgarbado, y estaba dotado de una voz tersa que inspiraba confianza. Tenía talento para las imágenes, podía relacionar un dibujo cualquiera con otro que había visto hacía cinco años o más. Aún no teníamos muy claro cómo, pero su mente le avisaba de las relaciones estructurales.

La atracción entre ambos fue inmediata. Él se enamoró de la belleza de la joven, y ella de su voz. Durante varios días, instalado en la comodidad de la terraza del C.E.P.E., con una humeante taza de café entre las manos, tuve el placer de presenciar el fino trabajo de seducción que ella ejerció sobre él. Aunque se movía con una destreza que envidiaría incluso un vidente, se las ingenió para que Sergei se ofreciera a sacarla a pasear por las verdes colinas de Kybartai. Así los vi, tomados del brazo, ambos vestidos de blanco, (él

con chaqueta y pantalones de vestir, ella con ancho sombrero, sombrilla y vestido solariego) deslizarse por las curvas del paisaje, casi ingrávidos en las luminosas mañanas. También solía verlos bordear el lago en una bicicleta de dos asientos, en el hall del edificio, en la cafetería; cualquier entorno se volvía el marco perfecto a sus gestos o palabras. Lo más divertido del caso es que Sergei creía que él era el seductor, cuando en realidad no hacía otra cosa que cumplir con los pacientes planes urdidos por Nusch. Algunas noches, sin embargo, después de las cenas que tenían lugar en el comedor de C.E.P.E., Nusch se sentaba al piano y con su exquisito arte seducía sin pudor a los presentes. El instrumento le obedecía sin protestar.

Más allá del afecto que los unía, sus respectivos talentos resultaron complementarios. Apenas dos años después de ingresar al centro, Sergei logró armar un reproductor de música sacra ganimediana que funcionaba con rodillos de cobre; dos meses más tarde Nusch descubrió una serie de mensajes ocultos en una de esas piezas instrumentales. Sustituyendo las notas por fonemas (lo poco que conocíamos gracias a algunas inscripciones en piedra) llegó a identificar un mantra que rezaba: “El reino espera”.

Tres años después de conocerse, Nusch y Sergei contrajeron matrimonio.

Sergei Adamov era consciente del peligro que corría. Durante tres noches, había soñado con un dibujo geométrico que le producía un terror que cualquier otra persona hubiese calificado de irracional. En el mismo sueño, recibía un mensaje perturbador: esa figura, similar a un mandala, era un portal a otra dimensión. Sin embargo, la estructura no estaba completa, era apenas una parte de otra mayor. Sergei vivía con el constante temor de encontrarse en la vigilia con otro dibujo que completara el del sueño, porque ese día, afirmaba, su alma sería arrastrada al reino de los ganimedianos.

Tres meses atrás, había mantenido una conversación con Greil Sanders, otro antropólogo también dotado de un alto I.P.E. Los dos habían tenido sueños similares y sabían lo que podía ocurrir. Cuando, a principios de mes, Greil falleció de un paro cardíaco mientras contemplaba una reproducción del libro “Introducción al arte ganimediano”, Sergei no tuvo dudas de que él sería el próximo en ser transportado. Había adelgazado, y se lo veía alterado y temeroso. No sabía qué hacer, ni cómo evitar algo que no era capaz de prever. La figura, que debía fusionarse en su mente con la que ya

había soñado, podía aparecérsele en cualquier lugar o medio: una pared, una revista, una vasija; no había modo de protegerse de algo así.

Él no me había aportado datos del mundo que lo aguardaba tras el portal, y mi ignorancia en ese sentido era total, pero a juzgar por la desesperación que lo embargaba, debía tratarse de un sitio terrorífico en el que la demencia más absoluta desplegara su obsceno baile de máscaras. Quizá, por ser el hábitat de alienígenas, la profundidad del horror que allí lo aguardaba ni siquiera podía ser concebida por los seres humanos.

Un día, en el colmo de la desesperación, me contó que había estado a punto de provocarse una ceguera permanente. Sin embargo, la consciencia de que él era "los ojos de Nusch" lo había hecho desistir. Dos días después de esta confesión, ocurrió el episodio que le provocó la muerte.

Yo no había incluido su nombre en la lista de los antropólogos que debían investigar un pasaje recién descubierto en las cavernas de Kazanjira, pero tampoco hice nada por evitarlo. Podría haber hecho una llamada telefónica, pero consideré, como seguramente lo hizo el propio Sergei, que la posibilidad de que algo malo ocurriera era remota.

Un día después de su muerte, un dirigible me condujo a Kazanjira. Con ayuda de algunos técnicos, hice el mismo recorrido que la expedición anterior, deambulé por las sinuosas galerías que se abrían en la roca, y finalmente llegué hasta el lugar exacto del fallecimiento. El fresco que le había arrebatado la vida a Sergei ocupaba el centro de la pared del fondo de la cueva. Se trataba de un mandala circular de aspecto imponente, de tres metros de radio, ilustrado primero con círculos concéntricos y luego con rectas que se cruzaban para delinear cuadrados, triángulos y otras formas compuestas. Sin embargo, parecía evidente que no estaba completo. En algunos lugares era posible prever las líneas que faltaban, en otros, sobre todo en el centro, resultaba imposible.

Al contemplar el orden de los colores del mandala (rojo, naranja, amarillo y blanco, desde la circunferencia hacia el centro) tuve una imagen del terror que, como un vértigo creciente, debió apoderarse del rostro y el alma del muchacho. Si mi presunción es correcta, Sergei fue arrastrado de un modo feroz hacia un vórtice que solo él podía ver, y nunca, en toda su vida, se sintió tan solo y vulnerable.

El aroma de las colinas despejó los pensamientos oscuros de mi mente.

Continué pedaleando de modo mecánico por los caminos de tierra, pero ahora intenté concentrarme en lo que debía hacer.

La casa de Nusch Moulian estaba a la vista. Había sido construida con el mismo molde que todas las que poblaban Nueva Kybartai: paredes de ladrillos, techo a dos aguas de tejas de un color café que hacía juego con la puerta de madera y las persianas enrollables, un frente de unos diez metros de largo por cinco de ancho en el que la mayoría había plantado un jardín, y una cerca baja, también de madera. Y sin embargo, en cada visita que le realizara, yo había sentido que esa casa era distinta al resto. Es cierto que tenía las mejores rosas de Nueva Kybartai, y que hasta el pasto parecía más verde, y que la propia construcción se veía mejor conservada e incluso más resplandeciente, como si la luz del sol la alcanzara de un modo privilegiado, pero todo esto no bastaría para explicar esa brisa fresca que, al acercarme, yo sentía soplar sobre las cortinas de mi propio espíritu. Había algo más, sin duda, y probablemente tuviese que ver con el saludable hecho de que dos personalidades diferentes pero compatibles se hubiesen unido para darle un sentido preciso a la palabra hogar.

En contraste, a unos doscientos metros de distancia y bajo la sombra de unas nubes, se veía la casa del difunto Greil Sanders. Era lúgubre y estaba desocupada, Greil siempre había vivido solo.

Bordeé una loma y luego inicié un descenso por un camino que habría de dejarme en la entrada de la vivienda de Nusch.

Encontré a la mujer en el rosal, con unas tijeras en las manos.

Ella recordó el sonido de mi bicicleta y dijo con su voz segura y cálida:

—Buenas tardes, director.

—Buenas tardes, Nusch —respondí al tiempo que me apeaba del vehículo y abría el portón de madera.

El jardín se distribuía en tres canteros grandes que ocupaban el ala derecha del frente de la casa. Las rosas, abiertas o en pimpollos, pero siempre saludables y luminosas, alcanzaban más de un metro de una altura. Los tallos rectos y la armonía del conjunto daban cuenta de un esmerado trabajo de jardinería. Cualquiera hubiera dicho que era un milagro que una persona ciega fuese capaz de crear aquel deleite para la vista, y con razón. Pero, después de todo, el grado de identificación entre el creador y su obra era tan natural que yo no podía pensar en el jardín sin pensar también en Nusch,

como si éste fuera una extensión de sus encantos.

El exquisito y tenue perfume flotaba como una ilusión. De haberlo deseado, podría haber seguido ese rastro como si cogiera un hilo para perderme entre las brumas de un tiempo mejor.

Nusch seguía siendo muy hermosa: alta, delgada, de piel fresca y rasgos delicados. Llevaba el rubio cabello atado en un moño, y en su rostro claro, bajo las exactas cejas negras, resaltaban sus inefables ojos azules. Tenía veinticinco años, pero su apostura serena y elegante la hacía parecer mayor. Lucía vestido y sandalias blancas.

Las manos de Nusch se movían como una brisa entre las rosas. Nunca había visto en su piel el mínimo rasguño. Cuando me acerqué para saludarla, vi que seguían inmaculadas.

Me invitó a pasar al interior de la casa. Caminaba con la frente en alto, sin perder un ápice de la serena majestad que le conocía. Ni siquiera el dolor producido por la muerte de su esposo había logrado socavar su dignidad.

Cuando ingresamos al living comedor, ella puso las flores en un jarrón.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té? —preguntó.

—No deseo causar molestias.

—Por favor, director, ya hemos pasado por esto —sonrió.

—Está bien, pero solo si me acompañas.

Ella se dirigió a la cocina y puso agua a hervir.

Como siempre me sentí un tonto frente a una mujer ciega que hacía todo el trabajo, pero no tenía opción. Una vez había cometido el error de sugerir que sería mejor que yo preparara el té, y ella me había hecho saber su opinión.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, miré en derredor.

La luz mortecina de la tarde que entraba por las ventanas le daba al piano, a los muebles de madera y al mantel verde un tono apacible. Todo estaba limpio y ordenado, y en el aire flotaba el perfume de las rosas que Nusch acaba de cortar. La casa no parecía haberse enterado del fallecimiento de Sergei. Quizá esta sea una de las cosas más desconcertantes de las pérdidas: la apariencia de que todo sigue igual. Allí, de pie en el comedor, veía las puertas del baño, del dormitorio y la de los dos estudios: el de Nusch y el de Sergei. Nada hacía pensar que esa última no podía abrirse en cualquier momento para que él saliera en mangas de camisa, con los cabellos revueltos y una sonrisa en el rostro.

Respiré hondo y procuré concentrarme en lo que me había llevado hacia esa

casa. El estudio de Sergei parecía llamarme. Estaba casi seguro de que en el interior de esa habitación podría encontrar una respuesta. Un dibujo, un esquema, un texto explicativo, lo que fuese debería estar aguardándome allí. Me debatía entre el deseo de abrir esa puerta y la necesidad de respetar los tiempos que la situación requería.

Nusch colocó una bandeja en la mesa y sirvió el fragante té de manzana.

—Gracias —dije cuando recibí mi taza.

Me sentí incómodo. Quería preguntarle cómo había estado, pero sin hacer una pregunta tan obvia que solo podía tener una respuesta posible. Y no preguntar nada tampoco era una opción.

—Antes de que me lo pregunte, director, —señaló con calma— he estado bien, tan bien como es posible estar en estas circunstancias.

Miré las flores y dije tan solo para no entrar de un modo abrupto en el tema de fondo:

—Veo que no descuidaste las rosas.

—Él decía que lo hacían pensar en mí —explicó—. Sostenía que el color de la rosas tenía una estructura de frecuencia vibratoria que se parecía mucho al ritmo de mi respiración.

—Vaya, sería un caso más que extraordinario de percepción estructural —consideré con seriedad.

Nusch sonrió.

—Director… —señaló con un tono que se compadecía de mi ingenuidad—. Yo nunca creí que eso fuera cierto, pero fue hermoso que él me lo dijera.

—Claro —sonreí. Bebí otro sorbo de té. Junté ánimos y dije: —Nusch, no sé si es el momento oportuno, tal vez ni siquiera exista ese momento…

—Puede preguntar lo que desea, director; lo peor que podría haber pasado ya pasó.

Pensé, y no me equivoqué, que bajo aquella imagen serena había una mujer que hacía un gran esfuerzo por no desmoronarse. Podía sentirlo. No puedo explicar cómo, pero lo sabía, y la admiré por ello.

—Los dos sabíamos que esto iba pasar. El dibujo que Sergei vio en la cueva de Kazanjira se fusionó en su mente con una imagen que había

soñado. Ahora, tengo que hacerte una pregunta muy concreta: ¿sabes si él llegó a dibujar la imagen del sueño?

—No lo sé, él no me lo dijo. Los últimos días casi no hablaba —explicó ella. Hizo una pausa y añadió: —Pero puede usted revisar su estudio, supongo que ha venido para eso. Está sin llave.

Como siempre, Nusch parecía estar un paso adelante de mí.

Comencé a ponerme de pie. El ruido que hice con la silla me dio la medida de mi torpeza. No quería que fuera así. Hubiese deseado que la conversación se deslizara hasta el momento de abrir la puerta, pero no supe cómo hacerlo, nadie nos educa para la muerte.

—Solo será un momento —dije, y me dirigí al estudio.

Nusch no se levantó del asiento, pero sentí, aunque suene ridículo, que sus ojos ciegos se posaban en mi espalda.

Giré el pestillo y entré.

El estudio de Sergei estaba en la habitación más pequeña de la casa, pero allí tenía lo necesario: un par de bibliotecas que ocupaban sendas paredes (en su mayoría libros de arte y antropología), y un escritorio con una máquina de escribir, fardos de hojas, un lapicero, pinceles, cajas de acuarelas, varias carpetas, una silla, y una ventana para descansar la mirada en el verde de las colinas.

Sergei, a pesar de su gran percepción estructural (o tal vez a causa de ella) era muy desordenado, dejaba papeles tirados y nunca pasaba una escoba, pero siempre sabía dónde estaba cada cosa. Se sentía cómodo en ese ambiente informal y no le preocupaban las apariencias, era *su* estudio y no tenía que darle cuentas a nadie. Tampoco se tomaba la molestia de ventilar con regularidad la habitación, olvidaba hacerlo o acaso prefería aislarse en su mundo. Sin embargo, cuando abrí la puerta encontré todo en orden y no había rastros de polvo en los muebles ni en el piso. El aire no estaba viciado, y esa era una clara señal de que Nusch había estado hacía poco. La imaginé abriendo las ventanas, limpiando, ordenando las carpetas y las hojas de acuerdo al tamaño o la textura, y acomodando cada cosa en su sitio: los lápices y los bolígrafos en el lapicero, una goma de borrar, una regla y una engrampadora en los cajones del escritorio. Y en todo ese tiempo, ella debió pensar que allí, entre todos esos papeles, podía estar la imagen que su esposo había visto en sueños. Mientras ordenaba cada hoja, debía preguntarse, con una mezcla de impotencia y ese temor que sentimos frente a lo desconocido, si no tenía la respuesta en sus manos.

Encontré todo tipo de papeles: apuntes para una revisión de su libro,

artículos sobre arte y copias de cartas personales. Por desgracia no vi correspondencia dirigida a Greil Sanders, tampoco textos que se refirieran al reino de los ganimedianos. Al final, me quedó por revisar una carpeta azul y otra negra.

La primera contenía una decena de retratos de Nusch hechos a lápiz. Algunos se detenían en el rostro y otros la mostraban de medio cuerpo o de cuerpo entero. En dos de los trabajos el fondo lo proporcionaba la pradera, en los restantes el jardín de rosas. De modo invariable, el exquisito arte de Sergei destacaba la distinción y belleza de su esposa. Las líneas eran tan seguras y elegantes que cualquiera que no hubiese conocido a la modelo podría haber pensado que eran una mera invención del artista. Ninguna de las ilustraciones, salvo la última, me sorprendió, ya que en todas ellas vi a la mujer que conocía. La que cerraba la serie, apenas el rostro femenino apoyado en una esbelta mano, me obligó a detenerme. En este retrato había una Nusch que era nueva para mí, pero que, es de imaginar, no lo era para Sergei. Más allá de sus conocidas virtudes, ella mostraba, con una sonrisa que le iluminaba el rostro, los signos de un inequívoco sentimiento. Era ese tipo de gestos que una modelo nunca le dedicaría a un pintor, a menos que estuviese dispuesta a entregarle su vida y su alma.

Yo nunca había dudado del amor que ella sentía por su marido, pero era una mujer discreta y no estaba en su talante exhibir en público la intensidad de su afecto. Frente a aquel retrato, realizado en la intimidad del hogar y concebido tan solo para ser contemplado por Sergei, no pude menos que sentirme un intruso. Ya me había sentido así desde que llegara a la casa, y el dibujo no hizo más que redoblar esa sensación. En ese preciso instante, como si temiera ser descubierto, giré la vista atrás. Y allí estaba Nusch, de pie bajo el marco de la puerta, rígida y silenciosa como un guardián. Tan concentrado estaba, que no la había escuchado acercarse. Por un segundo pensé que ella podía verme, pero al observar su rostro advertí, con un poco de vergüenza, que en él solo había una tensa expectativa.

Cerré la carpeta, la dejé en su sitio y tomé la carpeta negra. Apenas la abrí, se me hizo evidente que era la que estaba buscando.

“El reino de los ganimedianos” se leía en la primera hoja. Había tres dibujos pintados con acuarelas. Predominaban los colores amarillo y anaranjado, lo que dotaba a las escenas de una luz espiritualizada. Tardé en darme cuenta de algo que después, al tiempo que se me erizaba la piel, se me hizo obvio: no eran imágenes de Ganímedes.

El primer dibujo mostraba un templo rodeado de jardines, que se extendía de forma horizontal en una meseta escalonada. El color naranja, que exhibía

la luminosidad del cristal, le daba a los muros, las columnas y las escaleras un aspecto más precioso que el oro. Aunque las líneas (sobre todo en las aberturas y las cúpulas) eran de inconfundible factura ganimediana, podía afirmar, sin temor a equivocarme, que jamás había visto algo tan hermoso en el satélite que ahora pisaba. De hecho, tuve la impresión de que todo lo que había visto en mi vida no era más que un pequeño indicio de la cultura ganimediana, de la que aquellos dibujos eran un buen ejemplo.

En el segundo dibujo se apreciaba una ciudad en perspectiva. Había torres con forma de cuernos espiralados, puentes que cruzaban barrancos, edificios de formas torneadas y amplias ventanas, jardines colgantes, canales que se extendían como calles y sugerentes cascadas. Todo estaba dispuesto con tan buen gusto que era imposible no sentirse conmovido por la belleza que irradiaba. Para colmo, la paleta (ámbar, amarillo y anaranjado) reforzaba la sensación de estar presenciando un mundo definitivo que vivía más allá del tiempo. Recordé el mantra ganimediano: "el reino espera". Supuse que el mundo que estas ilustraciones me mostraba, era la mejor explicación al satélite deshabitado que nos habían dejado los ganimedianos. En algún momento de su historia, ellos debieron utilizar los mandalas para transportarse a su "reino". En la última ilustración había algo que los investigadores habíamos esperado encontrar durante años: imágenes de los primitivos pobladores.

En el claro de un bosque de altos árboles, había seis seres, tres femeninos y tres masculinos, sentados a una mesa de piedra. Eran morfológicamente iguales a los seres humanos. Tenían junto a ellos una jarra y sendos vasos y, a juzgar por la expresión de sus atractivos rostros, se sentían felices. Sus vestimentas, túnicas blancas y sandalias, me recordaron a las de los antiguos griegos. Uno de los rostros me resultó familiar, al observarlo detenidamente vi que era Greil Sanders. Es posible, pensé, que el destino de este eminente antropólogo, así como el de Sergei Adamov y el de todos los humanos con un alto índice de percepción estructural haya sido decidido mucho tiempo atrás. Tal vez fue el recurso que los ganimedianos idearon para atraer solo a quienes consideraban aptos para vivir con ellos.

—¿Encontró algún mandala, director? —preguntó Nusch a mi espalda.

—No. Hay tres dibujos en una carpeta rotulada como: El reino de Ganímedes.

—Él me había hablado de eso. Me describió los dibujos y es como si yo también los hubiese visto.

—Él los vio en sueños, ¿verdad?

—Sí.

—El hombre que está en el bosque es Greil Sanders —afirmé.

—Eso fue lo que me dijo Sergei. Greil fue el primero en ir a esa dimensión donde están ahora los ganimedianos.

—Parece un sitio… —dije concentrándome en el último dibujo.

—¿Perfecto?

—Sí, un paraíso o algo así.

—Es exactamente eso —admitió Nusch—: un paraíso. Greil Sanders le confió a mi marido que quería ir a ese sitio; cuando cruzó el portal debió hacerlo con una gran satisfacción.

—Pero no sucedió lo mismo con Sergei —pensé en voz alta.

—No. ¿Y sabe por qué, director? —me preguntó Nusch con un tono que indicaba que ella ya sabía la respuesta.

—Puedo imaginarlo —señalé, y me volví para observar a mi interlocutora.

En su mirada había una luz acuosa que no daba lugar a equívocos. No me sorprendió, lo extraño fue el darme cuenta de que ese brillo siempre había estado allí. Con un estremecimiento me vi obligado a admitir que esa tristeza no solo era anterior a la muerte de Sergei, sino incluso a la primavera en que se conocieron, aunque recién ahora se me revelara en toda su dimensión.

La posibilidad de un destino prefigurado en la mirada era algo descabellado, pero su lógica poética me sedujo. Y esto, considerando que yo había pasado años estudiando algoritmos, fórmulas matemáticas y estructuras complejas, no dejaba de tener su gracia.

Sergei debería haberse sentido atraído por la posibilidad de completar una estructura que le posibilitara el pasaje a un mundo mejor, pero no fue así. Prefería quedarse aquí.

—Nos amábamos —dijo Nusch como si pudiese leer mis pensamientos. Por primera vez su voz parecía quebrada.

—Lo sé, Nusch —expresé con un vacío en la boca del estómago.

Eso era todo, pensé. Un hombre no necesita más. Sergei estaba enamorado de aquella hermosa mujer, y ninguna promesa de un mundo alternativo y utópico podría haberlo disuadido de separarse de ella. Recordé los entretelones de la política del comité, las guerras territoriales y todas las cosas que se mueven por el poder y el dinero, y pensé en cuán necesario era para el espíritu la existencia de aquel jardín en Nueva Kybartai.

—Mi consuelo —confesó ella, haciendo un esfuerzo por recuperar el aplomo de su voz —es que sé que ahora está en un buen lugar. Un mundo

mejor.

Miré a Nusch. Seguía con la espalda recta y la cabeza erguida, y acaso parecía más noble y hermosa que nunca, porque ya había sorteado lo más difícil y ahora había decidido concentrarse en la certidumbre de que su esposo continuaba vivo en un reino paradisíaco. Así que después de estas palabras, aunque la pena no se había disipado, yo sentí que la atmósfera era más ligera, y Nusch y yo compartimos aquel silencio como si bebiéramos de una misma agua.

Al cabo de un rato, ella dijo:

—Llévese los papeles que necesite, director. Confío en su discreción para seleccionar solo aquello que sea relevante.

—Desde luego, Nusch. Tomaré los tres dibujos del reino de los ganimedianos.

—Bien.

—Aquí están los retratos que te hizo Sergei. Supongo que querrás conservarlos —le expliqué mientras colocaba la carpeta en sus manos.

—Sin duda. Aunque no puedo verlos, significan mucho para mí. Reconozco esta carpeta porque tiene un cordón más grueso que las otras —sonrió.

—Claro.

Luego ella me acompañó hacia la puerta de calle.

El cielo exhibía pinceladas de un azul profundo y la campiña comenzaba a sumergirse en la quietud que precede al sueño. La superficie del lago estaba tan inmóvil como a esa hora las aspas de los generadores eólicos.

Le dije adiós a Nusch y le di un beso en la mejilla.

—Si necesitas algo solo llámame —señalé.

—Estaré bien —afirmó.

Subí a la bicicleta y comencé a alejarme del jardín y de aquella mujer que nunca sabría lo hermosa que es. Al llegar a un cruce de caminos, la vi girar sobre sus pasos, meterse en la casa y cerrar la puerta. Luego aceleré la marcha y me fui respirando ese aire dulce y triste que, por las tardes, se apodera de las colinas de Nueva Kybartai.

Pablo Dobrinin (Montevideo, Uruguay, 21-05-1970) estudió Literatura y Periodismo. Publicó relatos en antologías de Argentina, España, Francia e Italia, así como en numerosas revistas —la mayoría especializadas en ciencia ficción y literatura fantástica— entre las que se destacan: Diaspar,

Días Extraños (Uruguay); Axxón, Cuásar, Sensación!, Próxima, Sinergia, Otro Cielo, Kundra (Argentina); Asimov Ciencia Ficción, Catarsi (España); IF (Italia); Lunatique, Fiction (Francia). Ha sido traducido al italiano, francés, catalán y esloveno. En el 2011 la editorial argentina Reina Negra publicó *Colores Peligrosos*, un libro de 250 páginas con algunos de sus mejores cuentos. En mayo del 2012, en el número 230, Axxón, la revista en línea más leída de habla hispana, le dedicó un especial que incluye cuentos, artículos, datos biográficos y una extensa entrevista que le realizara Ricardo Germán Giorno. Ha publicado ensayos en la propia Axxón y en Espéculo, la revista de estudios filológicos de la Universidad Complutense de Madrid. Colabora con reseñas para el periódico La Diaria y con artículos para la revista de arte La Pupila. En el 2012 salió una edición uruguaya del libro *Colores Peligrosos*, editada por El Gato de Ulthar. También en el 2012 publicó una plaqueta de poesía titulada *Artaud*, en la editorial argentina Melón. Está en Facebook y mantiene un blog personal en: http://pablodobrinin.blogspot.com/.

En Axxón hemos publicado: EL CARÁCTER POLÍTICO DE LA CIENCIA FICCIÓN URUGUAYA (artículo), EL REGRESO DEL CAPITÁN RAYO, LOS FESTEJOS DEL FIN DEL MUNDO, HISTORIA DE LA CIENCIA FICCIÓN URUGUAYA (artículo), BLUE, LOS ÁRBOLES DE ISAAC LEVITAN, LA VISIÓN DEL PARAÍSO, ESCRITORES Y ARTISTAS (artículo), LA VENGANZA DE LOS NIÑOS, EL REGRESO DE LOS PÁJAROS, LOS HIJOS DEL VIENTO, LUCES DEL SUR, SEXO BIZARRO (artículo), COLORES PELIGROSOS, TRES EXPERIENCIAS EN LA NOCHE ABIERTA (artículo), ALGUNAS COSAS QUE VI EN EL DESIERTO y EL BOSQUE QUE CRECE POR LAS NOCHES.

Este cuento se vincula temáticamente con DESPOJOS; de Pé de J. Pauner y EL BOSQUE QUE CRECE POR LAS NOCHES, de Pablo Dobrinin.

El apostadero

Matías Carnevale

 **ARGENTINA**



Ilustración: Pedro Bel

Macachín, La Pampa. (Télam) Ramón Pedraza, de 55 años, denunció el lunes próximo pasado en la comisaría Primera de la localidad de Macachín que fue atacado por seres de otro planeta. Según declaraciones de Pedraza, los extraterrestres “Enanos, grises y de ojos como bichos” descendieron de un plato volador que “mandaba luces para todos lados”. Pedraza, eximio cazador y excombatiente de Malvinas, se hallaba en un descampado donde había preparado un apostadero, para emboscar a sus presas favoritas: ciervos. A eso de las 3 AM, Pedraza sintió “ruidos raros” y, sobresaltado, alcanzó a observar a unas siluetas que con sigilo se movían hacia él en plena oscuridad. Sin prender el farol, comenzó a disparar. Según Pedraza el fuego fue respondido “con unos rayos láser rojos que prendieron fuego unas retamas que estaban cerca. Si no hubiera estado mi hijo para apagarlo, se armaba tremendo incendio”. Fernando, su hijo, también asegura haber intercambiado disparos con los alienígenas. Ambos dicen haber escapado “por milagro”.

Macachín ya había cobrado renombre por otros casos extraños, cuando decenas de animales aparecieron mutilados o con partes de sus cuerpos cauterizados; hechos que se le atribuyeron al legendario chupacabras pero que científicos del CONICET acabaron por desmitificar al proponer la

hipótesis del Ratón Hocicudo, un roedor típico de la zona y conocido por atacar al ganado feroz y vorazmente.

Las autoridades locales se hallan perplejas ante el caso, y prefieren darle el beneficio de la duda al denunciante. El comisario Ernesto Ranni explicó que “Se ha tomado en serio el caso, y se están haciendo las pesquisas pertinentes. Nuestros mejores agentes están dispuestos en la zona para descubrir qué pasó”. Los pobladores, mientras tanto, duermen con las luces prendidas y están atentos al cielo, no sea que se repita el hecho.

***

La noche siguiente:

—García,¿usted ve algo?

—No, señor. Para colmo no me anda la linterna. En la semana nos quedamos sin pilas en la comisaría.

—A ver sargento, traiga para acá. Mierda, no anda. A ver, pruebe con su celular.

—Pero tiene una lucecita de morondanga, no vamos a ver mucho…

—Haga caso. (Respira un tanto agitado)

—¡Oficial Russo!

(Sobresaltado) —¿Qué quiere, Echeverría?

—Encontré unos casquillos.

—Muy bien, cabo. Muestre. Listo, guárdelos en la bolsa. Nos vamos.

—Pero, señor, tenemos que asegurarnos que los bichos no dejaron espías o algo por el estilo… No hemos encontrado los cuerpos que dice Pedraza. Dice que mató a dos.

—Pedraza es un delirante, Echeverría. Recuerde que acá mando yo.

—Ya sé, pero el comisario nos pidió resultados. Tenemos los diarios nacionales encima. Y hasta Quique Goldblum habló del asunto en su programa…

—Está bien, García. Siempre tan dispuesto usted. Vamos, avancemos. Ahí,

ahí, apunte con el celular. ¿Ve algo?

—Nada. Antes había bichos de luz acá, pero los eliminaron con tanto matayuyo.

—Lo que faltaba es que dijeran que fueron los marcianos (risas al unísono).

—El cielo está encapotado, ¿vieron?

—Grande, Echeverría, ahora sos meteorólogo.

—Señor, mire.

—QUÉ CARAJ..

Un haz de luz pasa por encima de ellos.

—Se los dije, nos vamos. Es una orden.

—La luz se detiene a unos metros.

—Mierda, corramos al patrullero. ¡Son como cuarenta!

—Pero ¿qué hacen?

—No sé, no mire atrás. Prenda, prenda García. Nos vamos pal pueblo.

—Esto no arranca. Ay, mi Dios, vienen para acá.

—Dele, ¿qué hace, García? ¿Es tonto?

—¡AY!

ZAPPPPPPPPPPP

***

No sé qué tanto joden con los marcianos y los marcianos. Yo sé que Pedraza es un loquito que quedó mal de la guerra y que si no fuera por su mujer y el hijo ya estaría internado por borracho. Si caza, se lo come o lo vende para vino. Ya le hablé, que no joda de mi lado del campo, para algo está la tranquera. Esos policías…vqué raro que no aparezcan. Acá no hay marcianos, y encima el boludo de Pedraza me cagó a tiros dos garrafas, que explotaron haciendo un quilombo bárbaro. Ya lo voy a agarrar.

Momento, ¿qué son esas luces ahí afuera?

Matias Carnevale (Tandil, 1980): según el mito familiar aprendió a leer y escribir a temprana edad, hábitos potenciados luego por colecciones como las de El Barco de Papel y Elige tu propia aventura. Cursó en la Universidad de San Martín la Licenciatura en lengua inglesa con orientación en literatura y cine, y estudios de guión en la Universidad Nacional del Centro. Tradujo Autogeddon, poema del autor inglés Heathcote Williams, a publicarse en Ed. Pasquín (2016), y se halla terminando un ensayo sobre el cine estadounidense de ciencia ficción de los 70 y los 80.

Ha publicado en Axxón LA SEGUNDA VENIDA O LUCHE Y VUELVE.

Este cuento se vincula temáticamente con LA ASOMBROSA HISTORIA DE ENRIQUE Y EL HORROR TENTACULAR DE VENUS, de Víctor Conde.

La isla de barro

Pablo Vigliano

 **ARGENTINA**

I. Bienvenidos.

Sentado a la sombra de las palmeras, Germán miraba bailar a esos cientos de conejitos: a orillas del río y bajo el tremendo sol de la isla, sobre lanchas particulares, en el bar abierto y entre las palapas, esos pendejos movían el culo al ritmo de un estúpido reggae. La mayoría sostenía algún trago o lata de cerveza. Como si fuera poco, otra conejera desbordada se aproximaba tocando bocinas. Entre eso y los parlantes al mango, a Germán se le partía la cabeza. Por suerte era el último día en Isla de Barro.

Lo sobresaltaron dos muchachos que le pasaron al lado, y que enseguida ya estaban corriendo por el muelle y esquivaban el cartel de bienvenida para tirarse al agua.

—Isla de Barro —dijo él—. Isla de Mierda.

Oyó detrás de él a Luciana, que lo llamaba fastidiada. En medio de tal quilombo, era imposible comunicarse sin alzar la voz:

—Por fin te encuentro. Vivís desaparecido.

Germán puteó por lo bajo: no podía creer que aquella siguiera persiguiéndolo. Tenía ganas de gritarle que basta, nena, terminémosla de una vez. Pero ya no le quedaban fuerzas para otro round. Resignado, se dio vuelta: Luciana estaba ahí parada, firme, con cara de bronca y las manos en la cintura.

—Qué querés ahora.

—A vos te quiero, Germán.

Él le dedicó una sonrisa socarrona y le dijo:

—A esta altura, debería darte igual que yo esté acá o en el asiento de un catamarán de regreso.

Él desvió la vista hacia los edificios de la ciudad, cinco kilómetros al Oeste. Ardían bajo el sol, mientras que unas nubes oscuras amenazaban desde el Sur. Luciana le dijo:

—Quiero que dejemos de pelear. Por favor. Disculpame.

Disculpame. Otra vez la misma música. "Disculpame" y "Por favor". Dos clásicos.

—Vivimos pidiéndonos disculpas, Luciana. Ya fue. No tiene sentido seguirla. No sé qué muerto vinimos a resucitar.

Ella se masajeó las sienes y preguntó —y lo peor era que lo preguntó con total sinceridad—:

—¿Qué muerto?

Germán no podía creer lo que estaba escuchando. Después de esa pausa largó una amarga carcajada. Y dijo:

—¿Ves que sos un faso, vos? No hay caso: ya no somos los de antes.

—Somos una pareja, Germán. Seré todo lo faso que vos quieras, pero necesito que estemos bien. —Ella bajó los ojos y se acomodó la Havaiana, que se le había salido. Hizo visera con la mano, para verle bien la cara—. Decime una cosa, y seme sincero: ¿vos viniste sin ganas de estar en esta isla, o directamente sin ganas de estar conmigo en ninguna parte?

Un helicóptero apareció volando bajito. Circunvoló el complejo, y cuando estuvo a treinta metros de sus cabezas soltó decenas de paracaídas en miniatura. La gente casi los aplasta a ellos dos para ir a agarrar la promo: llovían potes de champú, pedazo de pelotudos. Él y ella debían de ser los únicos que no fueron a empujarse para cazar algo. Y Luciana insistió:

—¿Vos no tenés ganas de estar acá, Germán, o no tenés ganas de estar conmigo en ninguna parte?

—Recién a la noche del primer día nos pusimos de acuerdo en dónde armar la carpa. Traje esos vinos que nos gustan, los Uxmal, y no compartimos una sola botella. ¿Qué te pasa que ya no tomás? ¿Ya no te gustan?

—No quiero tomar… —dijo ella, nerviosa—. No puedo tomar.

—¡Qué! ¿Te volviste mormona? Convengamos que esta no es una escapada productiva.

—Sería productiva si le pusieras onda y disfrutaras de la naturaleza.

—¿Naturaleza? No soporto el sol, el humo de los asados. No soporto la pileta recontrameada, la baranda a pescado podrido, a bronceadores. Nada soporto.

—A mí me soportás. —Ella le tendió la mano, pero él se apartó.

—Me rompe las bolas esta humedad insoportable, Luciana. Me duele la cabeza, y no tengo las aspirinas que estaban en el bolso que nos afanaron. Y… ¡Basta, la puta madre!

Miró para la pileta: un grupo de jóvenes "divertidos" echaba en el agua el contenido de los potes que habían rapiñado de la promo. Muy pronto, la pileta sería un mar de espuma. ¿Y qué era eso que uno de ellos lanzaba al aire? ¡Un consolador en paracaídas! Y más de una minita se sacaba el corpiño de la bikini. Y él con la pelotuda, que no tenía ni miras de patearlo.

Luciana agachó la cabeza y se encogió como una tortuga. Luego, erguida, le dijo:

—Mi postura es desde el compromiso. No tomo posiciones separatistas apenas aparecen los problemas. —Germán la miraba acalorarse en su discurso, que iba en dirección opuesta a lo que él estaba planteando. Todo lo que él había dicho recién, a ella le daba igual. Negando con la cabeza, siguió oyéndola—. ¿Y qué es eso de que ya no somos los de *antes*? ¿Qué es *antes*? Vos no estarás acá porque vino Macarena con nosotros, ¿no?

Bueh, la que faltaba: la *otra*.

—Cortala, no empecemos. Macarena está con el pelotudo de su novio. Si los notaste loquitos, es porque tienen sus propios quilombos. Yo intenté acercarme a conversar un rato con cada uno. Eso es todo. Si viste algo, fue eso. No inventés culebrones.

—Noté cómo se miraban estos días, desde que subimos a la lancha. ¡Hablá, Germán! —Luciana dio un paso adelante, lo encaró—. Mirame a los ojos.

Al mirarla a los ojos, él se dio cuenta de que ella lo quería más que nunca. Y también se dio cuenta de que estaba muy vulnerable. No se sintió con ganas de mantenerle una mirada tan imbécil. Apartó los ojos, y le disparó otro misil:

—Ya no te banco con más de lo mismo. Encima de *durazna* —lo dijo dándose unos golpecitos en la cabeza—, sos monotemática.

—¿Te da miedo el compromiso, Germán? ¿Te asustan nuestros planes de ir a convivir juntos?

—Y encima redundante.

—¿Es eso? ¿Te da miedo asumir la realidad de la pareja? En la cama me decís que me amás, que tendrías hijos conmigo.

—Pero cómo se te ocurre salirme con esas nabadas de convivir. ¡Y de hijos! Eso es palabrería de cama, nada más.

Ella se le quedó mirando. Él se alejó unos metros y le dio la espalda. Pensó que Luciana se iría a la mierda…, y ahí se terminaría todo. Pero no. Luciana, la ceo de la Corporación Mundial de Masocas, se le acercó y le susurró al oído:

—Amor, quiero que nos reconciliemos.

—…

—Quedémonos una noche más —le propuso ella mirándolo de cerca—. Averigüé de alguien que puede llevarnos a un paraíso solitario. Quiero que vivamos experiencias nuevas y excitantes. Aunque a vos, que sos tan intelectual, te suene a la *Cosmopolitan*. Y tengo que decirte algo muy serio. Pero no ahora.

Es cuestión de tiempo, pensó Germán. Una noche más, y vas a ser vos la que pidas de cortarla.

Agarrados de la mano —ella se le agarraba de la mano—, volvieron a reunirse con Macarena y Daniel. Compartían una mateada con alguien, un muchacho. Era uno de los encargados: llevaba puestas la remera marrón y la gorra camuflada, características del personal del complejo.

Germán buscaba la mirada de Macarena, y la muy turra lo esquivaba. Se levantó, pidió disculpas —cuando quería, era una lady— y se mandó a mudar. Daniel el Impertérrito no dijo una palabra, y Germán le dedicó a Luciana un gesto de otro-quilombo-con-el-nabín. Luciana se sentó en el extremo de un banco, dejándole espacio a Germán para que se le arrimase, pero él siguió hasta la otra punta de la mesa. Metió la mano en un paquete de bizcochitos y se llenó la boca.

Pero una pelota de vóley rebotó sobre la mesa, y él casi se atraganta del sobresalto.

Luciana habló, y Germán ahí sí se atragantó con lo que dijo:

—Nosotros decidimos quedarnos otra noche más.

Germán tosía, ella seguía hablando:

—Un isleño va a llevarnos isla adentro, a Laguna Escondida.

O sea que ya lo tenías todo bien planificado, turrita, pensó Germán, y sintió un gramo de admiración por ella: no podía negarle que era toda una luchadora.

El encargado no tardó en reaccionar:

—Así que van a la Escondida. El camino es imposible, un continuo matorral es.

—Quedate tranquilo —dijo Luciana—, que ya hemos ido en kayac a otras

islas antes, y eso que no había camping ni nada. Germie y yo sabemos arreglarnos. Sabemos componer.

—Habrán ido a otras —dijo el encargado en tono intimidante—, pero nunca a la Escondida. Se inunda cada dos por tres. Un barrial. Sobre todo cuando está por llover, como hoy. —Señaló al cielo—. Encima es noche de Superluna… qué les pasa, por qué me miran así, ¿no escuchan radio ustedes? Es cuando la luna está a la mínima distancia de la Tierra, o algo así, y las mareas y los ríos crecen. Ahí la Escondida se llena de todos los ratones y serpientes que salen de sus cuevas. Así son los ratones, miren, de este tamaño. ¿Sabían? ¿Sabían o no sabían? No vayan. Vuelvan a la ciudad con el amigo y la morocha. —Al decir esto, cabeceó para el lado de Daniel.

Los tres intercambiaron miradas de desconcierto. Después Daniel —quién más— empezó a reírse:

—¿Me vas a decir, man, que también hay anacondas o pirañas asesinas, como en las películas?

El muchacho se enderezó en el banco. En él había algo más que preocupación: había miedo. Enarcó las cejas y miró a Federico. Enlazó las manos como quien se acomoda para contar una historia muy íntima y dramática, y volvió a mirarlos:

—No sabemos bien lo que pasa, pero que algo raro pasa es innegable. Los de la ciudad nunca nos creen —dijo—. Hay quienes aseguran haber visto cosas muy raras. Lo juran por Dios y la Virgen. —Se besó los dedos en cruz—. Yo nunca vi mucho, pero te repito: por acá pasan cosas raras. ¿Saben todos los animales que desaparecen? Y todo el mundo se calla la boca. Nadie quiere que lo tomen por loco los de afuera, los de la ciudad. El Ernesto, un pescador, no era así de loco como es ahora. No saben las veces que me sacó de apuro con el motor de mi lancha. Se rompía a cada rato, y él lo arreglaba hasta que pude comprar otro y cambiarlo. Me contó a mí que allá adentro, donde quieren ir ustedes —señaló a Luciana y Germán—, hay vegetación que no es de la zona. No se sabe qué es, ni de dónde… Hay unos zancudos que te pican y te trastornan la cabeza, loquito te ponen… y que en el cielo, por las noches, se ven luces raras. Sobre todo, camufladas entre las nubes durante las noches de tormenta.

—Me estás hablando de avistaje de ovnis —dijo Daniel, haciendo el payasito con gestos y muecas— y de microclima extraterrestre. ¿De dónde sacan ustedes semejantes barbaridades?

Pero al isleño no le causó ninguna gracia y siguió contando su historia:

—Y eso no es todo: el Ernesto dice que una vez lo persiguieron.

—¿Quiénes lo persiguieron? —preguntó Luciana.

—Él dice… —el muchacho bajó la vista. Germán lo miraba, expectante. Notó que los demás también. Y el isleño siguió hablando—: Conocemos este río traidor: corrientes que te arrastran por abajo, remolinos, oleaje cabrero. Pero creo que existe algo más jodido todavía.

II. Isla profunda.

A los empujones entre la multitud del muelle, Germán veía miniaturizarse en el horizonte la lancha en la que partían Macarena y Daniel. Miró su reloj: las seis y diez de la tarde. Para las siete y media ya no quedaría nadie en la isla. La mayoría habría partido en las lanchas de pasajeros que salían hasta esa hora.

Luciana se le colgaba del brazo, y él ya empezaba a arrepentirse de no haber embarcado. Empezaba a pensar que tal vez todavía estaba a tiempo de hacerlo, cuando justo por detrás suyo, alzada por sobre las demás voces y el griterío, una voz hosca dijo su nombre y el de su… novia.

Se dieron vuelta y vieron que les hablaba un gorila de piel curtida y marcada, seguramente a causa de las horas de trabajo al sol y las lluvias. El gorila repiqueteaba el talón contra las tablas. ¿Serían nervios? Sí, eso era. Pero Germán vio que Luciana lo miraba con confianza. Lo conocía. Debía de ser quien los llevaría isla adentro. Germán se acercó con algo parecido a la confianza.

—Cómo va.

Pero el mono le dio la espalda, echó a andar y los apuró:

—¿Y? ¿Salimos o no salimos?

Quién se creía que era este King Kong. Antes de que Germán pudiera bajarle los humos, Luciana ya había abierto su bocota:

—Por supuesto. Estamos listos.

—Entonces, qué están esperando.

Germán y Luciana cargaron las mochilas, y lo siguieron rumbo a un embarcadero más bajo.

El gorila y Germán se abrían paso entre la multitud, pero Luciana iba con su vocecita de niña buena diciendo con permiso, perdón, lo siento, cuidado, hasta que él la agarró del brazo y la hizo caminar bien pegada.

Se detuvieron junto a una vieja barca a motor. A Germán le cayó la ficha de que viajarían en *eso*. Era el tipo de cosas que sucedían cuando la princesa, sin consultar, organizaba *La aventura del hombre*. Al acercarse, se deprimió: esa poronga tenía el casco abollado en sus laterales, la pintura saltada, zonas oxidadas —incluso picadas—. Y la línea de flotación registraba una marca irregular, muy por encima del nivel.

—¿Es en serio? —dijo—. ¿Va a aguantarnos? —Lo preguntó con la expresión de alguien a quien le informan que deberá cruzarse el Atlántico en una balsa de inmigrantes.

El mono apretó la mandíbula. Lo miró de arriba abajo, un boxeador midiendo a su rival, y subió primero. Se ubicó al timón, y les hizo señas de que abordaran. Germán accedió, resoplando de fastidio. Luciana lo siguió, trastabillando: la lancha se balanceaba.

—Cuidado, che —dijo Germán, tendiéndole una mano—. Esto es como hacer equilibrio sobre un tronco. No vayamos a irnos de culo al agua. ¡Despacio, te digo! —Soltó el equipaje, que cayó adelante de unas redes de pesca enrolladas. Luciana lo imitó, ocupó su "asiento":

—¡Todo listo, capitán!

—Me embola rebotar sobre estos tablones —dijo Germán a los diez minutos de navegación.

—Mañana vamos a estar riéndonos de esto, Ger.

Sí, pensó él, riéndonos cada uno bien separadito del otro, y en la casa de cada cual.

Bordearon la isla hasta tomar una angosta bifurcación. Desaceleraron: la plaga de camalotes y troncos podría partir la quilla. Ahora el motor apenas crepitaba.

Germán no oía ya ninguna otra lancha, bocinas, música ni nada que tuviera relación con el balneario.

Los árboles ya no eran los robustos guardianes del camping: sus ramas vencidas se encorvaban en garras cadavéricas que querían atraparlos, y ellos debían agacharse para evitar sus espinas.

King Kong no les marcaba referencias, ni decía nada. Germán le dio charla:

—¿Se pesca mucho por acá?

El otro no le llevó el apunte. Sería más fácil comunicarse con el verdadero King Kong. ¿Qué había sacado del bolsillo? ¿Una petaca? Lo vio llevársela a la boca, y claramente darle tres tragos, cabeceando hacia atrás. Germán y Luciana intercambiaron miradas preocupadas.

Se internaron por otro arroyo, aún más impenetrable. Una maraña de enredaderas y yuyales les iba cerrando el paso, les bloqueaba el sol. En cualquier momento deberían seguir a pie.

Les llegó un hedor a pescados podridos, Germán no pudo controlar las náuseas y se inclinó hacia el agua fétida.

Luciana trató de auxiliarlo, pero él la apartó de un manotazo.

Cuando se repuso, notó que una aureola de grasa rodeaba oscuras plantas flotantes, que ocultarían por debajo de la superficie de flotación un considerable grosor. ¿Serían lirios o tarullas, con esas formas extrañas?

Unos bichos le zumbaron en los oídos: mosquitos. Agitó los brazos para ahuyentarlos, quería concentrarse en el agua: quizás aparecería flotando un cardumen de peces muertos. Un grito de Luciana lo alteró. Ella se examinaba una picadura en el codo:

—¡Me arde!

—Dejá de tocarte, Luciana. ¡Mirá cómo se te pone!

—No hay aguijón, Ger. Creía que era una avispa.

Germán le hizo señas de que hiciese silencio urgente. Fue levantándose, despacio, atento a unos zumbidos que se aproximaban.

Un enjambre de zancudos amarillos los atacaron. Germán y Luciana intentaron ahuyentarlos, pero no funcionó. El ardor por las picaduras era insoportable.

—Qué es esto —gritaba Germán—. Dónde nos viniste a meter, carajo.

Inmune a los ataques, el tipo lo miró con frialdad. Le dio otro trago a la petaca y siguió timoneando.

En medio de los alaridos de Luciana, Germán se precipitó a su mochila. La abrió, y tironeó desesperado de todo lo que había adentro, hasta dar con un Off en aerosol. Se sintió ridículo con ese tubito en la mano, pero roció el aire, y le aplicó a Luciana varias capas del repelente. No funcionó: los ataques recrudecían.

—¡Voy a saltar! —gritó Luciana—. ¡Voy a saltar!

—¡Ni se te ocurra!

Giró, tropezó en medio del pánico. Al caer se cortó la frente contra una de las tablas. Germán le usó el impermeable para espantar a esas mierdas de bichos. Se dispersaron rápidamente, pero enseguida contraatacaron. Él siguió sacudiendo la campera, hasta que consiguió que desapareciesen.

Ayudó a Luciana a sentarse en cubierta. La asistió, acuclillado:

—¿Estás bien?

Ella no podía hablar.

Germán se dio vuelta en dirección a King Kong: seguía en su lugar, encorvado, despreocupado por el ataque del enjambre, y sin haber intervenido en absoluto.

—¿Hay botiquín? —le gritó—. ¡Qué fue eso!

La bestia no contestó.

—Che, te estoy hablando… —insistió Germán—. Ya veo que vos estás acá por la guita, nomás. Cualquier otra cosa te importa una mierda —le gritó. Y por lo bajo agregó—: Tachero delincuente.

Germán volvió a poner atención en Luciana. Temblaba y se quejaba del dolor punzante. Tenía la frente hinchada y morada. La sangre le corría por la cara y el cuello, y el top se le había puesto rojo.

—Esto va a doler. —Germán rasgó una remera limpia y se la presionó en la herida—. Pero es necesario.

—¡Ay!

—Shhh… Tranquila. Tranquila. Eso es, con calma. Ya está.

Luciana se desvaneció.

La barca impactó de lleno contra algo sumergido, y Germán y Luciana se sacudieron.

—No pasa nada, Luciana. Un golpe nomás. Seguro que retomamos la marcha.

—Llegamos —los sorprendió King Kong.

—Perdón —dijo Germán, ronco de la bronca—: ¿a dónde llegamos? Esto debe ser el puto infierno.

—Los quinientos acordados —exigió el isleño tendiendo la mano—. Y ya

mismo, si quieren que vuelva a buscarlos.

—¡Quinientos! —le gritó Germán al gorila, que seguía con cara de piedra —. No, si no tenés cara vos, estafador —lo increpó, con las manos en los bolsillos y sin quitárselas de ahí en ningún momento. Y a juzgar por la expresión del isleño, mejor que no lo hubiera hecho.

Ajena a aquella discusión y buscando el camino por dónde seguir de a pie, Luciana le desvió la atención diciendo:

—Es por allá, detrás de esos árboles.

Una senda despejada, por entre los matojos. Germán olvidó al guía y se dispuso a bajar: por fin tierra firme.

¡Pero qué carajo! Los pies se le hundieron en terreno fangoso. De hecho, se hundió hasta las rodillas. No podía ser, pero si avanzaba dos o tres metros se liberaría: distinguía la orilla. Se esforzó en llegar, las piernas succionadas por el abismo de barro. Quién lo mandaba allí a revolverse en la mierda. Se levantaron olores nauseabundos, a hongos podridos.

Luciana se descalzó en la lancha para seguirlo, pero primero cerró trato con el isleño:

—No voy a permitir —dijo— que este accidente arruine el momento con mi novio. Dale, tomá: quinientos pesos. Vení mañana a esta hora.

El lugareño aceptó con una mueca. A Luciana le dio asco aquel gesto tan despectivo, la incompleta dentadura de encías de sarro y sangre. Se dio vuelta y saltó al agua. El tipo giró su barca ayudándose con un remo, y se fue por donde había llegado.

Bajo los pasos de Luciana, que avanzaba haciendo equilibrio, el fondo arcilloso iba desmembrándose. Germán no la ayudaba: el desgraciado ya estaba sacudiéndose en tierra firme. Para cuando ella llegó, con algas y barro hasta la cintura, el otro ya había empezado a caminar.

Ya transitaban el sendero, que resultó más extenso de lo esperado. A Germán el sudor le dificultaba mirar. Se acarició la barbilla, pensativo:

—¿Te acordás lo que dijo el tipo del camping sobre insectos que pican y lo ponen violento a uno?

Ella lo miró con el ceño fruncido:

—Ese imbécil. Olvidate.

—Imaginate que nos inyectaron alguna dosis al estilo de Jekyll y Hyde.

—Dejate de joder…

Llevarían diez minutos de recorrido cuando la senda se ensanchó: una

enorme laguna se extendía en el centro de una planicie verde; un paraíso en medio del pantano.

III. Laguna Escondida

Harto, Germán terminaba de armar la carpa. Lanzó un resoplido y decidió que era hora de parar un rato. Se sentó y estiró el brazo hasta su mochila. Sacó las botellas de vino, bien envueltas en varias capas de plástico con burbujas para empaques.

Degustó uno, tres tragos. Miró a la pelotuda de Luciana, a orillas de la laguna, y le dieron ganas de huir a miles de kilómetros. Dio un cuarto trago que, a diferencia de los anteriores, fue grotesco: inclinó tanto la botella que derramó vino por las comisuras. Se limpió con los puños. Ojalá hubiera traído otro par de Uxmal para mamarse bien mamado. Prendió el celu: sin cobertura, por supuesto.

Se levantó a ver si conseguía señal. Nada. Siguió dando vueltas, hasta que en la pantalla se prendió la luz de una rayita de antena.

Y escribió:

esta noche termina todo. voy a hacer que ella me largue a mí. no pasa nada. confiá. sé lo que hago

Atardecía. El cielo se desgarraba en extraños matices rojos, distintos a los que anunciaban las tormentas crepusculares.

Luciana tendía al borde de la laguna un mantel floreado, disponía velas. Una ráfaga la obligó a levantar la vista. La densa maraña de cañas y pastizales que se revolvía hacia los límites del claro le erizó la piel: no parecía que el viento estuviera sacudiéndola; había en ella un hálito de vida.

Vigiló su alrededor, claustrofóbica: ¿por qué la maleza, que se elevaba a más de dos metros, no había avanzado sobre aquel terreno? Vio en la

espesura formas horribles, sombras enormes de brazos demasiado largos. Vio garras. ¿O era su imaginación?

Respiró hondo. ¿Por qué debía tener miedo, acaso no estaba con su novio?

—Germán, vení acá.

Puteando por lo bajo, él se le acercó con una botella de vino en cada mano.

Ella se le insinuó, pero no hubo caso.

Tres cuartas partes de las velas ya se habían consumido, y Germán no había hecho otra cosa más que tomárselo todo. Luciana prefería mantenerse en silencio: si decía algo, empezaría una discusión. Aquel ni le hablaba, así que apeló a otro recurso:

—Ger, corazón, no me gusta que sigamos distantes. Quiero que conectemos nuestros espíritus, nuestros cuerpos. —De nuevo fue bajándose el cierre de la campera, ahora desnudando los pechos.

—Se me parte la cabeza —dijo Germán levantándose con movimientos tan torpes que no notó cuando se le cayó el celular, y se perdió en la oscuridad.

Entró en la carpa, prendió una luz de emergencia y se tiró sobre el colchón inflable.

Luciana alcanzó su bolsito íntimo y se lo apretó contra el vientre. Temblando, lo abrió y sacó el Evatest, que le había dado positivo. Se quedó examinándolo a la luz de las velas. Sola. Y llorando.

—Amor, vamos a tener un hijo —dijo al aire, como si su novio estuviera acompañándola.

Germán no la amaba. Se cubrió la cara y soltó el llanto.

Vio el celular de él, tirado junto a una botella vacía. Lo prendió y se puso a espiar en sus contenidos.

Y entonces descubrió a una tipa en bolas que posaba como una perra: el culo en tanga, en primer plano. Pajero. Y a ella ni la acariciaba.

Pero, al toque de verla mejor, descubrió que la tipa en bolas no era una tipa cualquiera. Y descubrió cosas todavía peores. El celular, plagado de esas fotos de mierda, se mojó con sus lágrimas. Lo apretó furiosa, se levantó y se fue corriendo a encarar a ese hijo de puta. Cómo había podido ser tan pelotuda.

—Despertate, conchudo. ¡Despertate! —Le daba puñetazos, arrodillada al

lado—. Vi tu celular.

—Pará, loca —dijo Germán levantándose, y se le plantó cara a cara—. Pará te digo.

—Cuánto tiempo llevan cogiendo vos y la puta aquella. ¡Cuánto tiempo!

—¡Soltame los pelos! —Germán le atenazó la muñeca, y Luciana pegó un alarido—. Esto te pasa por hurgar en mis cosas —dijo él, y la volteó de un empujón—. Dejá de bardear, la reputísima madre que lo parió, y cerrá el orto.

Entre espasmos, Luciana se arrodilló frente a él. Lentamente, levantó la cabeza, se corrió los pelos que le cubrían la cara empapada en lágrimas y le dijo:

—¿Sabés algo, pelotudito? Estoy embarazada de vos.

—¿Qué?

—Ay, cambiame esa cara de puto. —El tono de Luciana iba creciendo en furia—. Sí, lo que escuchaste: espero un hijo tuyo. Vos eras en quien yo más confiaba, pero resultaste ser un maricón, un traidor.

—¡Basta, carajo! —Germán le pegó una piña al parante de la carpa.

—Nadie sabe de mi embarazo. Quería que fueras el primero en saberlo, que le hiciéramos frente a todo, juntos. Todo este tiempo estuve poniendo todo de mí para arreglarnos. Te necesitaba conmigo, con *nosotros*. Pero sos un montón de mierda.

—Acá la única mierda y la única puta sos vos. —Germán sintió que se le acalambraban los nudillos de tanto apretarlos—. O te creés que no pensarán eso tus viejos y tus amigas.

—Mis… *¿amigas?*

—Vas a tener que hacerte sacar esa basura que tenés en el vientre. Qué querés que te diga. Problema tuyo, putita. Arreglátelas sola.

Temblando, ella le dijo:

—¿Cómo te atreviste a llamarme? ¿Cómo le dijiste a mi hijo?

Germán vio que la había transformado de furia. Horrorizada, parecía que iba a matarlo o a matarse, y ahora salía corriendo de la carpa.

Él estuvo a punto de perseguirla y molerla a golpes, pero se dejó caer en el colchón: después de todo, a dónde iba a ir sola.

Llevaba un rato con los ojos cerrados, cuando oyó que aquella entraba de nuevo en la carpa. Y, a partir de ese momento, perdió toda conciencia: arrodillada junto a él, Luciana acababa de aplastarle el cráneo con una roca.

Las lonas de la carpa quedaron salpicadas de sangre, y en el suelo fue formándose un charco. Germán se sacudía en convulsiones. Luciana se le montó sobre el pecho, y siguió convirtiéndole el cráneo en un amasijo de pelos, piel y algo blanco que no podía distinguir si eran dientes o trizas de hueso.

Acalambrada, Luciana se apartó de Germán. Se corrió el pelo de la cara con las manos empapadas en sangre. Ahora también ella la tendría embadurnada. Sintió puntadas en la cabeza. Salió y, tras un retorcido andar, cayó abatida.

Volvió en sí en medio de una tormenta. Hundida en el barro, mareada y con los ojos ardidos, intentaba comprender.

La lluvia le despejaba la mente. La rabia iba dando paso a la cordura. Luciana tomaba conciencia del crimen que había cometido, de las consecuencias que tendría. Crimen irreal, imposible. Jamás haría algo así. No tenía recuerdos completos de lo sucedido. Supo entonces, vagamente, que había experimentado cierto primitivo placer cuando atacó a Germán.

La encerrarían de por vida. ¿O acaso iba a alegar locura y emoción violenta? La iban a meter de cabeza en la cárcel. Lloró aterrada. No vería crecer a su hijo. ¡Su hijo! ¿Quién lo iba a criar? Se cubrió la cara empapada de lágrimas. Qué injusticia tan grande.

Se levantó y avanzó tambaleándose hasta la carpa. Había sangre, mucha sangre. Pero el cadáver había desaparecido. Se estremeció. Alguien o algo lo habría movido de su lugar. ¿O realmente no había sucedido nada? No: ella misma estaba manchada con la sangre de aquel hijo de puta. Claramente, allí ocurría algo. Y le estaba ocurriendo justamente a ella, que estaba embarazada.

Recorrió los alrededores y no encontró nada. Sentía las piernas cada vez más rígidas y estaba en carne de gallina. Encima, el terreno se empantanaba cada vez más. Dios, la laguna crecía y crecía a cada minuto.

En medio de aquel terror, se preguntaba si su familia y sus amigas la condenarían por *haber quedado embarazada, pedazo de boluda* o si, en definitiva, la apoyarían. No creía que sus amigas la apoyaran, porque ya no creía tener amigas. Esas eran cualquier cosa, menos amigas. Traidoras. Falsas. Eso es lo que eran.

Entre la maraña de enredaderas, distinguió de nuevo aquellas sombras.

Dejó de respirar y quedó inmóvil: eran presencias reales.

Salió disparada, los pies chapoteando en el barro, hasta que una pierna se le enterró en esa masa semilíquida. Se levantó como pudo, embarrada, y otra vez se lanzó a la carrera, y la cerrazón de las plantas la atrapó en un punto donde el agua desbordaba los canales.

Pensó de nuevo en su embarazo. Sus padres se lo reprocharían. Podía escucharlos gritarle cuántas veces le habían repetido que dejara de verse con ese perdedor que tenía de novio. Que ella se iba a todos lados con ese vago y ahora volvía… embarazada. Hasta querrían ocultarla de la vergüenza, o mejor, que se vaya de la casa, que se vaya y se las arregle sola.

¿Dónde esconderse? Detrás de ella oía ramas y cañas quebrándose: su perseguidor no dejaba de acecharla.

Huyó arrancando las malezas, y el brazo se le despellejó con ramas espinosas, pero no se detuvo: debía salvar a su hijo, por Dios.

Ella, la madre, era la *única* que podía protegerlo. Supo que *debía* hacerlo.

Por momentos se daba vuelta para ver que aquel enemigo, sea lo que fuese, no le estuviera pisando los talones. Siguió más deprisa, hasta que sin darse cuenta cayó en aguas profundas. Se ahogaba, tragaba barro. La corriente la arrastraba. Luchó, y logró salir a flote.

Llegó a la orilla, retorciéndose. Tuvo arcadas que la doblaron de dolor, y vomitó espeso: barro, agua, hojarasca.

Perdida, se alejó de aquella correntada isla adentro —o hacia donde creía que lo era—, buscando tierra firme. Retumbó un trueno. Las ráfagas descuajaron un árbol cerca de ella: no lo había visto, y casi la aplasta.

Oyó un rugido: ¡motores!

Supo que debía seguir en dirección a ellos. Descubrió que la tormenta había convertido los caminos en un barrial. Pero, ante la posibilidad concreta de huir, no le importaba tener que adentrarse en un terreno desconocido; sólo quería salvar la vida de su bebé.

Fue abriéndose paso entre más ramas espinosas que la cortaban. La sangre le corría por brazos y piernas. Exhausta y atrapada en aquel matorral, se detuvo a tomar un poco de aire. Daba gracias a Dios de seguir escuchando los motores de las lanchas.

¿Cuánto tiempo llevaría caminando, cuántas horas? Al menos seguía oyendo los motores. Renqueando, siguió adelante.

Volvió a dudar si podría sobrellevar su nueva vida de madre soltera. Calculó desde cuándo Germán la estaría engañando. Cómo habría podido ser tan ingenua. Sintió que algo dentro suyo se quebraba. Rompió en llantos, las lágrimas le goteaban por la nariz.

Para su sorpresa, horrible sorpresa…, vio que volvía a salir al claro de la Laguna Escondida: su carpa volteada ondeaba con las ráfagas. Inconfundible, aquel era el único claro que se abría entre toda la maraña hedionda; el único claro en donde ellos hicieron campamento.

Había estado huyendo en círculos.

Soltó un alarido. La doblegó la impotencia: la montaña de cansancio que venía soportando le caía encima. Sus motivaciones para sobrevivir se diluían con la tormenta.

Aún oía los motores o lo que fuesen. Pero de dónde venían. ¿Del cielo?

Se le ocurrió mirar. Algo la sobrevolaba. No pudo distinguir su forma, pero no se trataba de un helicóptero de rescate. Aquello era más grande y tenía más luces.

Una luz la encandiló, le hizo agachar la cabeza. Jamás había visto algo así. Dudaba de que fuera de este mundo. Se armó de coraje para mirar de nuevo. Levantó la vista, pero el ardor le perforó los ojos otra vez. Se los protegió con las manos y volvió a agachar la cabeza.

No podía creer que aquello estuviera sucediéndole a ella, siempre tan incrédula. Iba a morir, y lo peor era que no lo podía creer.

Detrás, algo gorgoteó.



Ilustración: Tut

Lentamente Luciana giró la cabeza, y gritó de horror al distinguir con los

ojos apenas entreabiertos un monstruo formado por la podredumbre vegetal, la cara desfigurada con protuberancias semilíquidas. Ella retrocedió. La bestia no le perdía pisada. Calculaba sus movimientos. Acechándola, sostenía entre sus garras un tronco, listo para atacarla. Ella sabía que lo haría, era como un animal salvaje. Desesperada, quiso salir corriendo. Apenas había dado un paso cuando el monstruo le arrojó un golpe que jamás vio venir. Sintió que su cabeza se sacudía hacia atrás y que ella misma salía despedida.

Caída en el centro de un charco que le cubría la mitad del cuerpo, abrió los ojos. Escupió dientes y sangre. El gusto metálico de la sangre le provocaba náuseas. El golpe había sido más fuerte de lo que se imaginaba. Ni siquiera podía girar la cabeza, y no paraba de temblar. ¿Tendría el cuello roto? Intentó abrir la boca, pero se descubrió la mandíbula desencajada. Gimió: el dolor era desesperante.

Vio a otro demonio llevarse hacia la laguna, cargado al hombro —si eso podía llamarse un hombro—, el cadáver de Germán. Espantada, lo vio sumergirse con él.

Otra bestia la agarró de las piernas y se la llevó arrastrándola. Sentía cómo se raspaba la piel y se le abrían cortes por la fricción contra las ramas. Quería sujetarse de algo, pero le era imposible. Hundía las manos en el barro, intentando estúpidamente frenarse. La bestia no tardó en hundirse con ella en las profundidades.

IV. Superluna.

Dos años más tarde, la reapertura del balneario de isla de Barro era un éxito. La conmoción social por la misteriosa desaparición o crímenes de una joven pareja (los investigadores habían hallado dientes, manchas de sangre y algunos indicios más de episodio violento, aunque no habían encontrado los cuerpos) ya se había aplacado. Ahora, un día de Superluna de verano,

cientos de adolescentes y estudiantes universitarios festejaban el inicio del verano con bailes, tragos y deportes en la arena.

Una joven pareja planeaba reencender su relación experimentando nuevas y excitantes aventuras: un lugareño los llevaría isla adentro, a ese edén llamado Laguna Escondida.

Pablo Vigliano (1981) nació en San Miguel de Tucumán. Es Licenciado en Comunicación Social (Universidad Nacional de La Plata). Reside en Rosario desde 2006. Asiduo lector, sus géneros favoritos son la ficción, lo fantástico y lo sobrenatural. Sus autores preferidos son Poe; King; Bradbury; Barker; Maupassant; Hill. Participa del Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco desde fines de 2012. Es guionista de las novelas gráficas independientes *Hilo Rojo* y *Lucero Oscuro*.

Ha publicado en Axxón LA RUTA FANTASMA.

Este cuento se vincula temáticamente con EXTRAÑA LUNA DE MIEL, de Eduardo Poggi y NUNCA BESES A UN EXTRAÑO, de Nuria C. Bote.

Deimos

Gonzalo Gossweiler

 **ARGENTINA**

A Shikei Chisora lo deprimió el mensaje que le mostraba la tablet. Eran las últimas horas de su turno antes de su fin de semana cuando leyó: "Viaje a Deimos. Imperativo primero. Presentarse en plataforma de lanzamiento 3". Sintió una ráfaga de indignación. Arrojó el dispositivo sobre la cama, que recuperó su transparencia al apagarse. Se sentó a un lado y se agarró la cabeza con las manos. Al rato se resignó y dejó escapar un gruñido de rabia. "Siempre me cagan a mí", murmuró. Estaba cansado de trabajar tantas horas. Tenía una vida fuera de su profesión, o al menos quería tenerla.

Caminó apurado hasta la estación central. El calzado de núcleo magnético generaba un sonoro *clac* en las pasarelas de metal y el ruido reverberaba a lo largo del pasillo tubular. Quería resolver rápido ese trabajo y así tal vez podría llegar a tiempo para tomar una cerveza con sus compañeros en el bar. Shikei siempre les contaba a sus amigos en la Tierra que lo mejor de emborracharse en Marte era que el alcohol hacía efecto más rápido. Creía que era consecuencia de la gravedad, un tercio de la terrestre. Tal vez también influía algún componente del agua de la colonia Kinirotani, obtenida de la orina filtrada de sus 4.548 habitantes.

Shikei llegó hasta otro pasillo más amplio que conectaba el centro de la colonia con las plataformas de lanzamiento. El extenso túnel estaba en la penumbra, con una débil línea lumínica sobre un costado de la estructura de tifeluminio. Ocupó el asiento gastado en el suwa y comenzó a desplazarse a lo largo de un riel en la pared. El transporte monoplaza, apenas un asiento con apoyabrazos, avanzó con velocidad envuelto en el chillido de la vía mal aceitada. Con solo las puntas de los pies apoyadas en el suelo, Shikei movía con impaciencia las rodillas arriba y abajo. La endeble estructura temblaba.

El suwa se detuvo con un golpe al llegar y el hombre se bajó de un salto. Ya dentro de la plataforma subió unas escaleras hasta el cuarto de control, donde el aire reciclado estaba aún más viciado. La habitación era un domo transparente que permitía una visión despejada del rosado cielo marciano. Desde allí se veían las distintas estructuras de la colonia. Los pasillos

conectores se extendían desde el poblado centro hasta los edificios periféricos. La imagen general se asemejaba a una araña con sus patas extendidas en un desierto naranja rojizo de arena y piedras. El sol, más pálido y pequeño que en el firmamento terrestre, acentuaba la tonalidad del óxido de hierro que dominaba el paisaje.

—¿Ahora qué pasó? —increpó Shikei a Uehara, el controlador de turno.

—El puesto de Deimos no responde. Tenemos allá dos astronautas de guardia, pero hace casi 40 horas que no responde el enlace. No tenemos acceso a las cámaras ni sensores o dispositivos remotos. Según el terminal no hay tráfico con la Híper Red por lo que sugiere un fallo de conexión —contestó Uehara mientras se rascaba una barba de varios días—. Son Haruhiko y Yoruni, viajaron cientos de veces a Deimos y saben cuales son los protocolos para esta situación. Es muy raro.

—Debe ser un fallo menor y no quisieron suspender lo que están haciendo. ¿Se ve algo desde acá? ¿Mandaron un dron?

—Miramos con un satélite y nada, parece todo normal —Uehara le mostró las imágenes en la pantalla holográfica de uno de los escritorios que cubrían la circunferencia interna del domo. Shikei se acercó al controlador para hacer zoom en la imagen y un tufo a sudor rancio lo asaltó. Consideró que el tipo se tomaba muy en serio el ahorro de recursos.

—Íbamos a mandar unos drones —continuó Uehara—, pero el jefe se preocupó. Es un paranoico, piensa que les puede haber pasado algo a esos dos y quiere que vaya algún astronauta ya mismo por si hay que emprender un rescate. Por eso te llamé de urgencia.

—No es para tanto, seguro no hay conexión a la Red porque se quemó un codificador de señal, otro más. Ya fallaron varios de los que llegaron en el último container de la Tierra. Cambié una decena en lo que va del mes. Están fabricados en el distrito de Bangladesh —Shikei se alejó unos pasos y le dio la espalda a Uehara en busca de un poco de aire respirable.

—Sí, pero igual es raro. ¿La unidad de repuesto también falló? Además podrían haber regresado, tienen un módulo de emergencia. Lo mejor va a ser resolverlo rápido. Mirá, Shikei, no te podés quejar: vas a ir con la preciosa Momiji —el controlador siguió con un dedo el contorno de la figura de una mujer que se proyectó en la pantalla.

La mandíbula de Shikei se desplomó en un gesto de asombro e incredulidad:

—Lo único que faltaba para terminar de arruinarme el día.

***

Shikei Chisora mantenía una buena relación con todo el personal de la colonia, pero Momiji Kainochi era la excepción. Ella lo miraba y fruncía la nariz cada vez que se encontraban en un espacio común. “Como si oliera mierda”, creía Shikei. La chica jamás le devolvía el saludo. Inclusive varias personas le habían confesado que Momiji hablaba mal de él a sus espaldas. Ni siquiera sospechaba cuál podría ser la razón.

Momiji era unos años menor que él, tenía 22. Era la querida belleza de la colonia. Los hombres (y algunas mujeres) se daban vuelta a mirarla cuando la cruzaban en un pasillo, hipnotizados, hasta que desaparecía. Para todos era una chica encantadora y agradable; Shikei tenía una opinión muy diferente.

—No me mires la cola, idiota —Momiji fulminó a Shikei con la mirada. Estaba vestida con un ajustado uniforme sintético que parecía traslucir todo menos el color de la piel. Esperaban el momento del despegue en el cuarto de preembarque. Momiji se había puesto el traje espacial hasta la mitad de los muslos. Le costaba subírselo porque había elegido un talle menos del que le correspondía. Al ser increpado, Shikei enfocó la vista. Había estado absorto por la incertidumbre de la situación en Deimos. De manera automática miró el mullido trasero que su compañera intentaba embutir en el traje.

—¡Te dije que no me mires!

Shikei suspiró en busca de autocontrol, no quería discutir:

—Terminá de cambiarte. Te espero en la lanzadera.

—Mejor que te cuides en el viaje, voy a transmitir todo con la strip. Si hacés algo te denuncio en cuanto volvamos. Mi papá conoce al jefe de Recursos Espaciales en el Comando Lunar y…

La dejó hablando sola y caminó hacia el comienzo de la lanzadera. No supo si prefería terminar alguna vez con ella en la cama o pegarle unos cuantos cachetazos. Como no pudo decidirse prometió que si tenía la oportunidad haría ambas. No importaba el orden. Tal vez, incluso, podrían ser simultáneas.

La nave que los llevaría al satélite marciano era una cápsula cilíndrica con espacio para cuatro tripulantes, algunos repuestos (entre ellos el maletín con dos codificadores de señal) y el combustible necesario para las

maniobras de aterrizaje y el regreso. Como única identificación se leía en un costado “J.N.T. 26”. El viaje de ida, de poco más de una hora, se lograba gracias al impulso electromagnético en un túnel de más de 47 kilómetros de longitud. El cañón de pulso, abastecido con energía solar, ahorraba el uso de carburante para la expulsión fuera de órbita.

Shikei ya se había ubicado en la cápsula y las cintas de seguridad lo sujetaban con fuerza. Momiji se acomodó en un asiento de espaldas a él. Luchó unos minutos con las cintas, pero no pidió ayuda. Uehara les dio luz verde desde el domo y la nave cobró vida entre luces y sonidos de alerta. Se empezó a mover.

La aceleración fue lenta pero exponencial. Los dos astronautas revisaban los datos de la maniobra con las strip que llevaban alrededor de la frente y hacían las correcciones pertinentes. En minutos la cápsula alcanzó la velocidad de escape y salieron despedidos por el extremo del cañón. Abandonaron la débil atmósfera y gravedad de Marte al dispararse directo a su objetivo. Shikei vio a la araña de Kinirotani ahogarse en un mar rojo hasta desaparecer por completo. Las naves de suministros, los desechadores de basura y los transportes de exportaciones de productos ferrosos entraban y salían de la atmósfera para mantener viva a la colonia.

La nave se alejó más y el planeta se delineó por entero, como una inmensa esfera del color del fuego. Shikei rotó 180 grados el ángulo de visión en la holo y observó hacia el frente. La pantalla se cubrió de un universo de estrellas que le dio vértigo. Un trozo oscuro reveló la posición de Deimos. El satélite natural más pequeño de Marte era tan sólo un asteroide de tamaño promedio.

Momiji no habló en todo el viaje. Ignoró a Shikei cuando éste le preguntó si se sentía bien. “Esta chica tiene algún problema psicológico”, pensó y estuvo muy cerca de preguntarle si hacía mucho que no tenía novio. Se ahorró el comentario porque no quería soportar sus gritos dentro de ese espacio reducido.

Shikei miró a Momiji varias veces de reojo. La chica movía los labios y seguía un ritmo con la cabeza. Supuso que debía estar escuchando música en la strip. El aparato transmitía al cerebro por lo que no invadía el perfecto silencio de la cabina. El astronauta espió el perfil de su compañera en la Red y confirmó que escuchaba a la popular Demy Shine. “Tiene el silencio y la paz absoluta del espacio, pero prefiere esas canciones sin alma cantadas por una vocaloide y compuestas también por software”, se indignó.

Al llegar a Deimos la nave orbitó a su alrededor para desacelerar. Shikei revisó la superficie rocosa de color gris con detalles en ocre. Encontró las

escasas construcciones, que ya había examinado con Uehara, sin signos de estar habitadas. Activó el descenso y el terminal hizo el resto. La cápsula desplegó sus tres patas y tras un suave golpe ya habían aterrizado.

Momiji se apuró a liberarse de las cintas, se puso de pie y se colocó el casco. Se dirigió a la compuerta con el maletín que llevaba los codificadores de señal para restaurar la conexión en el puesto de Deimos. Era evidente que quería hacer el trabajo lo más rápido posible para salir de allí cuanto antes.

Shikei se demoró unos segundos para comprobar los datos del exterior. Se alegró cuando vio en la pantalla a uno de los astronautas que venían a buscar. Caminaba con cortos saltos en dirección a la nave. Shikei siguió a Momiji para averiguar si era Haruhiko o Yoruni quien los iba a recibir y qué era lo que había pasado.

La escotilla se abrió y Momiji bajó al encuentro del anfitrión de esa yerma roca donde todo era fino polvo y piedras de distintos tamaños. Shikei salió un minuto después. Ya en el exterior los impulsores automáticos del traje lo depositaron en el suelo. En ambientes con mínima gravedad como aquel, los trajes espaciales usaban descargas a presión del dióxido de carbono exhalado para estabilizar al astronauta sobre la superficie. Se controlaban desde la strip y lograban movimientos precisos.

Shikei ya casi había alcanzado a Momiji y estaba unos cuantos pasos detrás de ella. Vio a su compañera ofrecer el maletín al astronauta de Deimos y la oyó saludarlo por el canal compartido del comunicador. Distinguió que era Yoruni Zetsubou, quien repentinamente levantó el maletín por sobre su cabeza y lo estrelló con fuerza sobre una saliente rocosa. Los repuestos, destruidos, saltaron en todas las direcciones con el efecto de cámara lenta que le imprimía la débil gravedad.

Un segundo después Yoruni sacó un objeto que escondía tras su espalda y dibujó un arco ascendente sobre Momiji. La sangre brotó por una rasgadura en el traje de la chica y tiñó sus bordes. Su visor se cubrió por dentro del líquido oscuro y el rostro quedó oculto. Momiji Kainochi salió despedida hacia arriba por la violencia del tajo. Con los controles de antigravedad sin reacción, el cuerpo flotó como un globo y ascendió hacia el abismo espacial.

La escena era incomprensible para Shikei, que quedó estático y sin poder interpretar lo que estaba pasando. El astronauta homicida se giró hacia él y le sonrió. Algo en el interior de Shikei se liberó y le devolvió el dominio de sus piernas. Huyó a los saltos y se adentró en el desierto Deimos.

***


Ilustración: Tut

Tras kilómetros de carrera, Shikei Chisora se giró hacia atrás y confirmó que Yoruni no lo seguía. Se detuvo e intentó calmarse para cuidar la reserva de aire. Su respiración agitada inundaba de ruido el traje y el aliento le opacaba el visor. El sudor le resbalaba por todo el cuerpo. Se refugió tras unas rocas, sin dejar de espiar hacia atrás.

La calma le llegó de a poco y entonces notó detalles a los que no había tenido tiempo de prestar atención. Era de noche en Deimos y su satélite hermano, Fobos, asomaba por el horizonte. Shikei se hundió en la inmensidad del nítido cielo estrellado. Le transmitía el mismo vértigo que si estuviera parado al borde de un abismo sin fondo visible. Veía el núcleo de la galaxia, atiborrado de puntos de luz, como una figura homogénea, rellena. Se giró y encontró a Marte clavado en el firmamento, cubriéndolo todo. Parecía caerse encima suyo, era enorme: como si en la Tierra su luna creciera mil veces. El astro rojo brillaba justo en la dirección donde había aterrizado su nave y muerto Momiji, como un marco sanguinario de aquel festín de insanía.

El crujido del comunicador anunció un mensaje y lo devolvió a la realidad:

—¡Ey, Shikei! Vení que te quiero decir algo —la risotada de Yoruni le estalló en los oídos y le puso la piel de gallina.

—Hijo de puta, te van a matar, ¡estás loco!

—Deimos es mi casa y nadie te invitó —la voz se volvió grave y siniestra.

La comunicación lanzó un crujido y luego se quedó en silencio.

No había contacto con los controladores de Kinirotani ni acceso a la Red. Shikei intentó todo varias veces, llamando con desesperación. Tampoco

captó ninguna nave cercana que pudiera responder a su pedido de auxilio. Dedujo que Yoruni había descompuesto también el retransmisor de la J.N.T. 26. De todas maneras sabía que lo vigilaban desde los satélites. En breve mandarían ayuda. Tenía que esconderse y aguantar el tiempo suficiente.

Se sentó en el suelo e intentó escurrir una pequeña pila de fino polvo entre sus dedos. En vez de derramarse, la arenilla se esparció muy despacio en todas direcciones como una nube. Era un paisaje tan distinto, pero igual le recordó escenas de su niñez en playas terrestres. Esos habían sido días despreocupados, felices y lejanos. A veces creía que sus memorias anteriores a la adolescencia no eran suyas, que estaban implantadas para darle una historia. Conservaba intactas las imágenes de esa época, con aquella simpleza y entusiasmo infantil que se impregnaban a los recuerdos visuales como ciertos aromas o melodías. Ahora, sin embargo, lo angustiaban las circunstancias de una vida triste y monocroma en su aislada colonia.

Sabía que estaba atrapado, rodeado sin escape. A Shikei Chisora lo perseguía de cerca una sociedad que lo obligaba a pasarse la vida trabajando por un sueldo que no tenía oportunidad de gastar. La actividad misma lo desgastaba mentalmente y se le hacía difícil disfrutar sus tiempos libres. Ese frenesí de situaciones estresantes no se alejaba de su mente, a la que sentía como una madeja de hilos enredados.

Los años pasaban y sentía cómo la amargura lo consumía. Estaba cansado de eso. Su juventud no era excusa para desestimar un cansancio que recién asomaba. Era consciente de que esa condición se iba a profundizar con los años hasta llegar al hartazgo o, si era afortunado, se convertiría en una abulia que le permitiera continuar indefinidamente. Que ahora buscara asesinarlo un astronauta enloquecido era un efecto colateral de esa vida que él mismo se había elegido.

Dejó escapar unas lágrimas de frustración y luego se compuso. Volvió a la realidad y meditó sobre el momento del ataque. Había creído atisbar un vibroseparador en manos de Yoruni. Se trataba de una herramienta de uso común de los astronautas para cortar partes metálicas. Agazapado en su escondite, Shikei se dio cuenta de que sólo tenía piedras para defenderse ante ese afiladísimo machete.

Buscaba una roca de buen tamaño cuando de reojo captó movimiento. Miró en dirección a la nave y se quedó rígido al descubrir a Yoruni Zetsubou saltando con energía hacia su refugio de piedras. Seguía el rastro de huellas y así lo encontraría en minutos. El polvo fino de Deimos lo había

traicionado.

La nueva situación tomó a Shikei desprevenido, sin un plan de contingencia. Había pensado permanecer escondido hasta que llegara la ayuda. Ahora sus pensamientos desbordaban frenéticos y el sudor se le metía en los ojos. Debía llegar a la nave y escapar. O al menos encerrarse.

Cuando Yoruni se acercó al escondite, Shikei saltó por encima de él. Ahora estaba seguro: el psicópata tenía un vibroseparador en la mano. Con la ventaja inicial Shikei logró cierta distancia de su perseguidor, pero a los pocos segundos Yoruni ya estaba nuevamente tras él. Achicaba la distancia salto a salto. Gracias a su experiencia en Deimos, el loco manejaba mejor que él los impulsores.

Shikei comenzó a desesperarse al ver que su colega desquiciado se le acercaba tan rápido. Pese a que saltaba con todas sus fuerzas, aún así le costaba desplazarse, como si lo hiciera bajo el agua. La J.N.T. 26 ya era visible y un destello de esperanza lo azuzó en el último trecho de la carrera. Dio un salto final y cayó en la escalerilla de la nave. Al abrir la escotilla sintió el impacto de un cuerpo en su espalda. Yoruni lo había alcanzado.

El astronauta enloquecido podría haberlo matado, pero sólo lo había golpeado con su propio cuerpo contra el exterior de la nave. Ambos rebotaron y cayeron sobre el suelo de Deimos. Yoruni blandía el vibroseparador en una mano y una retorcida sonrisa en el rostro; Shikei sólo enarbolaba su desesperación.

Yoruni intentaba cortar a Shikei, que esquivaba las arremetidas con dificultad. La pelea en ausencia de gravedad parecía una danza reproducida a un cuarto de su velocidad real. Tras un mal paso, Yoruni tropezó con una piedra y perdió el equilibrio. Shikei apostó su vida en ese momento: se lanzó hacia esa misma piedra y la usó para golpear a su perseguidor en la espalda. Quedó indefenso sobre el polvo gris.

Con el peso disminuido de Deimos, las pedradas de Shikei lastimaban, pero no llegaban a ser mortales. Yoruni recibía una andanada de golpes e intentaba protegerse en posición fetal. Hasta que se volteó e imploró con un gesto de las manos. El astronauta que había ido a buscarlo y se encontró con su locura homicida no le concedió perdón. Shikei redobló el ataque, ahora con ayuda de los impulsores de los brazos. La piedra subía y bajaba con fuerza aumentada.

El visor del traje de Yoruni Zetsubou se quebró con uno de los golpes y se le incrustó en la garganta. Una lluvia de gotas de sangre roció en todas direcciones sin las limitaciones de la gravedad. Formó una nube roja que brilló, suspendida, con el resplandor de Marte. En el suelo, el maletín con

los repuestos destruidos exhibía bajo las salpicaduras la marca del fabricante “D-R.E.”. Shikei Chisora continuó con la arremetida incluso después de tener la certeza de que golpeaba a un cadáver. Lo hizo una y otra vez. Y una vez más. Y otra vez. Y otra.

***

Horas más tarde llegaron cinco cápsulas y un transbordador de emergencias que se mantuvo en órbita. Traían a una veintena de astronautas, tres médicos y dos oficiales de la Policía Global con sus emisores de pulso desenfundados, ya inútiles para aquel momento. Habían seguido los sucesos desde las cámaras de los satélites de Marte. El único sobreviviente los esperaba sentado en la escalerilla de la cápsula, con la mirada perdida en el ciclópeo Marte que amenazaba con caerse y aplastarlos a todos. Tuvieron que zarandearlo con fuerza para obtener una reacción.

El cadáver de Haruhiko, el compañero inicial del desquiciado Yoruni, fue encontrado en una bodega casi decapitado. A Momiji la recuperaron en el espacio, a varios kilómetros de altura. Los restos de Yoruni sorprendieron al equipo forense de la colonia de Kinirotani, donde no eran comunes los episodios de violencia. La cabeza del abatido homicida había quedado aplanada y extendida. El amasijo grumoso de hueso, pelo y masa encefálica se hundía en el polvo en un revoltijo negro del que sobresalían partes plásticas del casco. El asistente que recogía con pinzas los despojos vomitó dos veces dentro de su traje. Luego de eso optaron por embolsar lo que quedaba de Yoruni junto con varios kilos del polvo que lo rodeaba.

Desde ese día toda la comunidad trató a Shikei con precaución, casi con miedo. Lo grabaron al llegar a la colonia con su traje cubierto de sangre y la roca todavía en sus manos, aferrada tan fuerte que no se la habían podido quitar. El astronauta se mantuvo callado y quieto al transitar los pasillos tubulares desde la plataforma de aterrizaje hasta la clínica. No dijo palabra y nadie consideró necesario pedirle explicaciones, estaba todo claro en los videos y audios.

—Señor Chisora, ¿cómo se siente? ¿Necesita algo? ¿Quiere un calmante? —le preguntó en la clínica una enfermera.

—Quiero una cerveza —reaccionó sin pestañear.

—En cuanto terminemos con los chequeos, señor.

—Me voy a emborrachar con ese pis fermentado hasta quedar inconsciente —una risa nerviosa tembló en sus labios.

***

La noticia del incidente en Deimos fueron el tema central de conversación en Kinirotani durante un mes. Las imágenes del episodio completo se difundieron en las demás colonias e hicieron resurgir el debate por las condiciones de insalubridad mental de los trabajos espaciales. Por unos días abundaron en los canales de variedades de la holo los paneles de discusiones con especialistas y opinólogos de turno.

El caso de Yoruni Zetsubou fue considerado un brote psicótico producto de una condición preexistente que no había podido ser descubierta por la planta médica de Kinirotani. El "loco de Deimos", como se lo conoció en las noticias, fue el primer asesino múltiple del espacio. Aunque la opinión pública lo consideró un enfermo, sus colegas astronautas manifestaron lástima y dolor por lo que había vivido. Sólo ellos sabían lo que era ser devorado por la amenaza de inmensos planetas y el vacío de abismos sin fondo de infinitas estrellas. Todos comprendían tarde o temprano en esa profesión que la soledad y el silencio del espacio juegan hasta con la mente más sana.

El Gobierno Mundial bloqueó en la Tierra la publicación de las imágenes de la muerte del asesino. Sólo se informó en un comunicado oficial que un psicótico asesino había sido detenido por un "valiente astronauta".

Shikei Chisora estuvo un año de licencia y luego continuó con tareas administrativas, lo que le dejaba las tardes libres. Todos en Kinirotani estaban al tanto de la verdadera versión de los sucedido en Deimos. La gente lo esquivaba en los pasillos y sus amigos lo trataban distinto. A sus espaldas se mostraban temerosos de que un día pudiera despertar convertido en un nuevo "loco de Deimos". No querían tenerlo cerca en caso de que sucediera.

Al terminar su jornada laboral, Shikei se sentaba junto a una ventana en el bar de la colonia. Allí se tomaba la cerveza de agua reciclada que se subía pronto a la cabeza. Con la nariz apoyada contra el vidrio veía el tránsito de naves hasta que se ocultaba el sol. Tras el crepúsculo, cuando la oscuridad tendía su manto de estrellas, Shikei se perdía en ese abismo profundo que le hablaba en voz baja, llamándolo.

Nos cuenta Gonzalo: "Soy nacido en Lomas de Zamora, en 1984. Me licencié en Ciencias de la Comunicación en la UADE y trabajo como periodista en la web de Ámbito Financiero. Publiqué un libro, Antártida, dentro de la colección *Leer es futuro 2* del Ministerio de Cultura. Asisto al taller de Hernán Vanoli y escribo cuentos de ciencia ficción."

Este es su primer cuento en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con MARTE HUMANO, de Sergio Alejandro Amira.

El ventilador

Alexander Cruz-Aponasenko

 UCRANIA



Ilustración: Tut

La señora Greta, dama del tercer piso, le regaló el ventilador antes de mudarse. Un viejo Sanyo hecho todo de piezas plásticas. Agrietado y decolorado por el sol, debía haber servido como ventilador de patio o de terraza. Parecía tan viejo como la señora Greta.

Al dárselo, no sin cierta nostalgia en la expresión, le dijo: “Tenga Arnaldo, yo ya no voy a usarlo más.” Arnaldo, el portero, le respondió: “Gracias señora, usted siempre tan amable.” Los dos sabían que la frase era incorrecta. Él nunca le había caído bien y ella nunca había sido amable. Los dos se permitían una pequeña última hipocresía.

La vieja Greta casi nunca saludaba en sus infrecuentes salidas o entradas al edificio. En ocasiones llamaba a la portería para preguntar si había llegado algún paquete. Los paquetes llegaban sagradamente el once de cada mes durante los trece años que Arnaldo había sido portero del edificio en la calle Bolívar. Algún once trató de no estar en la portería para incomodar a la

vieja. Arnaldo pensaba que los paquetes contenían la pensión de Greta. Dio parte de enfermo y se quedó en el sucucho que tenía por vivienda en el fondo del inmueble. Varios días después, y sintiéndose un poco avergonzado por su proceder, trató de no faltar los onces. Los paquetes seguían llegando.

Para la señora Greta, Arnaldo era un vago. Las pocas veces que salía del edificio para consultar un médico o visitar alguna amistad lo encontraba dormitando en su silla, parado en la entrada mirando jovencitas o fumando un cigarrillo en actitud de guapo mientras charlaba a los gritos y con el menor decoro del resultado del turf del domingo anterior con Pepe, el quiosquero de la esquina.

El destino sabrá juzgar si no fue precisamente por ser un alma sencilla y pequeña que la vieja Greta decidió heredarle el ventilador a Arnaldo y no a algún otro personaje más avivado.

“Cuídemelo mucho” le dijo la vieja a modo de despedida mientras se giraba y, bastón en mano, emprendía su salida definitiva del edificio y tal vez del mundo. Arnaldo dio un vistazo al aparato entre manos. Estaba un poco sucio, recientemente usado, destartalado. Pensó si no sería una última broma de la vieja el dejarle tal pedazo de basura, sabiendo además que Arnaldo contaba con un potente ventilador Philips que había comprado el año anterior, a cuotas.

El Philips era todo de piezas metálicas excepto el cable. Giraba majestuoso y en silencio, dominando los vientos. Durante el verano se lo podía ver, erguido y noble junto a la mesita del portero, encarando a Arnaldo los días de más calor.

Arnaldo abandonó el antiguo Sanyo en una esquina de su sucucho donde también había una cocina destartalada y esqueletos varios de electrodomésticos; en medio de una oscuridad húmeda y sucia y digna de olvido.

El épico verano del 2016 Arnaldo mantenía a plena potencia su querido Philips, que ya dejaba entrever los desgastes del servicio y de la edad. Sintió un leve olor a quemado, aquel olor particular que no es el mismo del pasto quemado, ni de la carne quemada, ni de la madera quemada; sino del plástico quemado.

El Philips se jubiló. Arnaldo se llevó la mano a la frente. El termómetro daba treinta y cuatro grados pero la sensación térmica era de treinta y ocho. Estaba difícil. La mayoría de los inquilinos había huido de la ciudad ese fin de semana hacia lugares más benevolentes con la humanidad, buscando la cercanía del agua, o las tierras del sur. Arnaldo, que era humilde, tenía que

soportar el capricho de la providencia.

Después de lanzar algunos improperios a manera de lamento por su suerte, recordó aquel viejo ventilador Sanyo que la mujer del tercer piso le regalara hacía ya un par de veranos. Sintiéndose igualmente tan afortunado como desafortunado corrió al sucucho, prendió la luz y escarbó en el rincón oscuro y húmedo y destinado al olvido. Encontró el ventilador debajo de algunas piezas que se fueron agregando con el tiempo. Se sintió salvado, magistral, como si hubiese descubierto la pólvora.

Limpió un poco el viejo ventilador, le dio una ojeada mientras lo sostenía en sus manos. No parecía más viejo de lo que ya era cuando lo recibió. Lo llevó al lugar que otrora hubiera ocupado su precioso Philips, lo acomodó, conectó, y giró la perilla.

No es un secreto que al viejo Sanyo le costó arrancar. Emitió un zumbido eléctrico que parecía un lamento de desahuciado, las aspas parecían querer girar pero se encontraban demoradas por la mugre o la falta de práctica. Poco a poco, como recordando lo que debía hacer, el viejo ventilador empezó a funcionar.

Arnaldo se sintió aliviado al encontrarse con las primeras corrientes de aire que el viejo Sanyo le ofrecía. Reclinó la cabeza, cerró los ojos y expuso su cuello al viento. Habiéndose refrescado un poco volvió a encarar el ventilador y a recordar a la vieja del tercer piso. Se llamaba Greta, como una famosa actriz de los años treinta, antes de que él naciera. La había conocido por una revista a blanco y negro que su padre guardaba bajo llave en aquel cajón hace tantos años.

¿Qué sería de la vida de la vieja? ¿Habrá muerto? ¿Se habrá vuelto senil y estará internada en algún geriátrico? Arnaldo noto que no sabía mucho de la vieja Greta. Vivía sola, salía muy poco, había alguna chica que venía dos veces por semana, seguramente a limpiar, porque cada tanto tenía otra cara y nunca se quedaban a dormir. Nadie venía a visitarla, ni en las fiestas; excepto aquel hombre de lentes que todos los once de cada mes traía el paquete.

En medio de estas cavilaciones Arnaldo bajó la mirada hacia el ventilador. Vio una especie de destello sobre las aspas, era intermitente, plateado; sintió que no podía apartar la mirada, que algo lo había atrapado. Siguió mirando sin pestañear, y allí le sucedió por primera vez.

Tuvo la sensación de despertar de un sueño de aquellos en que uno no sabía que estaba soñando. Se encontraba sentado frente al ventilador. Inmediatamente notó que algunos detalles habían cambiado. Por ejemplo, la camisa que se había puesto esa mañana era definitivamente blanca, la que

llevaba puesta ahora era terminantemente beige. Estaba seguro de haberse afeitado en la mañana, al igual que todas las mañanas de su vida. Ahora tenía una barba de dos días; no recordaba que los zapatos le apretaran y no había tanto calor como hacía unos minutos. Se puso un poco nervioso. Se levantó y caminó hasta la puerta del edificio. La calle le sorprendió aún más.

Era la calle Bolívar, pero ¡algunos edificios habían cambiado de lugar! Donde estaba el negocio de extractores ahora había una casita de dos pisos. La casa tomada de la otra vereda era un conjunto de dos pequeñas torres de cuatro pisos, la librería ya no estaba, ni el bar. Con el pulso muy acelerado Arnaldo corrió a la esquina, donde estaba el quiosco. Preguntó por Pepe. "¿Quien?", le respondió un muchacho altanero desde el otro lado.

Arnaldo se sintió mareado. Volvió al edificio, entró y se sentó en su silla, que parecía menos vieja que de costumbre. Alguien salía del ascensor. "Hola Hernando", le saludó sonriente una mujer que nunca había visto. Con los ojos desorbitados corrió de vuelta a la puerta y miró en el portero eléctrico, tercer piso B: Greta Leben. Trataba sin éxito de organizar su cabeza mientras su cuerpo automáticamente caminaba escalera arriba hasta el tercero B. Tocó el timbre. Abrió una señora mayor. "Hernando, querido, ¿cómo va?". No era Greta, al menos no era *esa* Greta. Se dio media vuelta y encaró la escalera. "¿Te sentís bien querido? ¿Querés un mate?" Le escuchó decir a la mujer mientras bajaba la escalera.

De vuelta en su silla, más atolondrado que asustado, se fijó en el ventilador: era el mismo viejo Sanyo. Exactamente igual al que recordaba. Miró las aspas y el destello plateado. Nuevamente sintió que algo lo capturaba. Presa del destello plateado, continuó mirando…

Otra vez sintió que salía de un sueño. Esta vez las cosas le resultaban más conocidas, la antigua ropa, la vieja silla. Pepe en el quiosco de la esquina, el negocio de extractores. Encontró sosiego en la repetición. Volvió a llamarse Arnaldo.

Durante días prefirió el calor a las visiones del viejo Sanyo. La máquina del mundo es harto compleja para la simplicidad de los hombres. La simplicidad de los hombres era harto compleja para la simplicidad de Arnaldo, que disfrutaba del turf, de un cigarrillo en compañía de Pepe, del pasar de las jovencitas.

Cuando tuvo coraje fue Herminio, Armando, Fernando, Hilario, y muchos otros. Visitó una calle Bolívar de casas bajas, otra de edificios, una de solo negocios, una en guerra, otra destruida por la guerra, una en la que el color rojo era el amarillo de la otra, una en que las despedidas duraban horas y

otra en el que se vivía de noche y se dormía de día. Nunca se aventuró a otra calle; tal vez aquello suponía tentar a la suerte.

Con el paso del tiempo y de sus viajes se halló imposibilitado para argumentar que su realidad —la que juzgaba inicial, al menos— era superior a otras realidades que le mostraba el ventilador y que, quizás debido a un azar desconocido, lo único real era el destello plateado que reproducían sus aspas.

No en pocas ocasiones tomó coraje para compartir su experiencia. Terminó aceptando la realidad de ser un alma sencilla y se afirmó incapaz para comprender o explicar hechos semejantes. Decidió callar. Aquello último le dio una idea de por qué la vieja del tercer piso le había regalado el ventilador justo a él.

Con el paso de los años sus viajes se hicieron menos frecuentes; limitados exclusivamente a los veranos calurosos, cuando el ventilador también funcionaba como solución al bochorno y no como espejo de otras realidades. Finalmente su recuerdo de Greta Leben —al menos de *aquella* Greta Leben— se fue haciendo menos hosco.

Alexander Cruz-Aponasenko nació en Ucrania, pero a los cinco años de edad se mudó con sus padres a Colombia. Luego, en 2007, se radicó en la Argentina. Psicoanalista, trabaja en diversos lugares públicos y privados, y la mayor parte de su escritura ha estado dedicada a esa especialidad, coordinando incluso talleres de ensayo orientados al psicoanálisis. Es un apasionado de la ciencia ficción, gran amante de las obras de Phillip K. Dick, Jorge Luis Borges y H. P. Lovecraft, y hace unos años comenzó a escribir cuentos de ciencia ficción y fantasía de manera regular.

Ha publicado en Axxón EL GLITCH, SUEÑO Y LABERINTO y EL NIÑO DE CENIZA.

Este cuento se vincula temáticamente con LA TÍA MERKEL, de Deborah Walker.

Equipo

Axxon

Equipo de Redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Sergio Bonomo, Pablo Burkett, Eduardo J. Carletti, Julio Cesar Castillo, Daniel Contarelli, Sofi Cos, Fernando José Cots Liébanes, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Marcelo De Lisio, Néstor Darío Figueiras, Bárbara Gudaitis, Marcelo Gustavo Huerta, Serj Alexander Iturbe, Ricardo Manzanaro, Carlos Morales, Andrés Nieto Bugallo, Eduardo Poggi, Hugo A. Ramos Gambier, Valeria Uccelli, Carlos Daniel J. Vázquez (Axxonita), Pablo Vigliano



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**